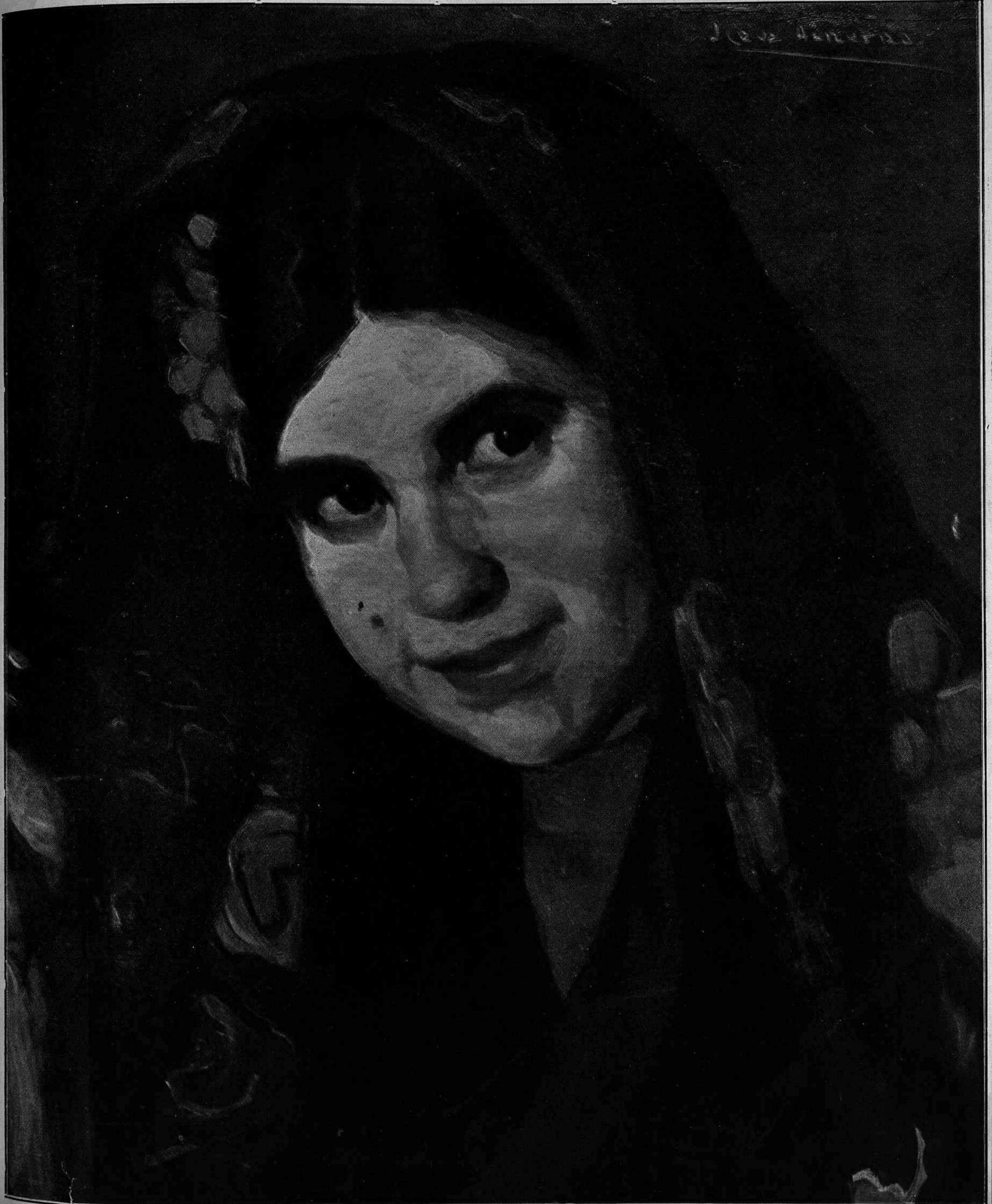


La Esfera



Año I * Núm. 50

Precio: 50 cénts.





Todo esto
sobra cuando se tiene
Jabón—

A. Ehemann.

HENO de **PRAVIA**

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

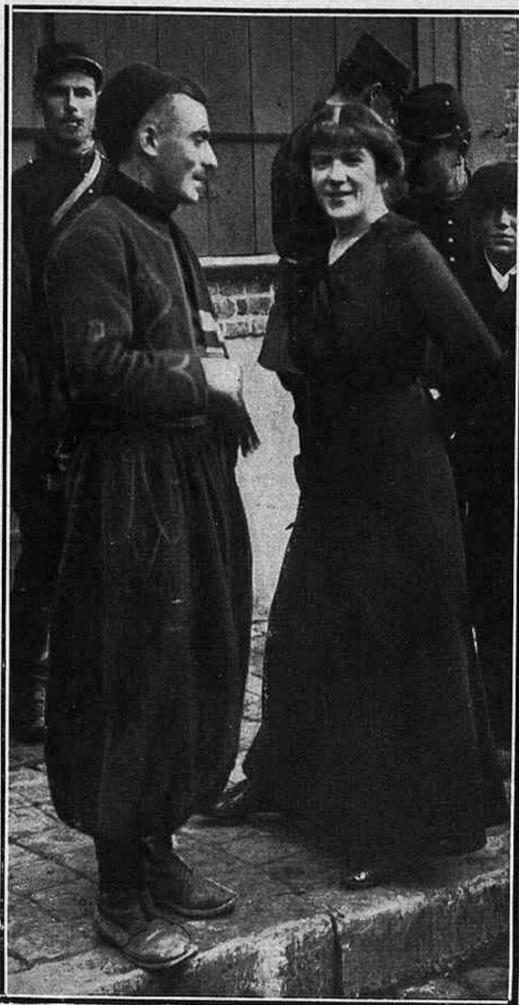


GENERAL VON HINDENBURG

DIBUJO DE GAMONAL

Admirable defensor de la región de los lagos masurianos en la frontera ruso-germana, y que ha logrado contener la invasión moscovita

LOS ESPAÑOLES EN LA GUERRA



Un tirador argelino hablando con una muchacha francesa en las calles de París

Las nueve de la noche, en el bulevar de los Italianos, con una temperatura de tres bajo cero. Un frío seco congestiona las caras y hace ocultar las manos en lo más profundo de los bolsillos, mientras los pies golpean con fuerza el asfalto, que parece cristalizado. Un círculo de vaporosa respiración circunda las cabezas. Los caballos, extenuados, que tiran á estas horas trabajosamente de los coches de alquiler, lanzan por sus narices dos chorros de vapor con dirección al pavimento y todos sus pelos parecen respirar.

Poca gente: algunos grupos que por la fuerza de la costumbre han venido á saber noticias y las comentan inmóviles, sin sentir la temperatura; unas cuantas paseantes que ejercen su industria valerosamente, como rezagadas tenaces del gran ejército de otros tiempos que la guerra y la escasez de dinero han puesto en fuga. En los cafés amontonan los camareros sillas y mesas bajo las lámparas á media luz. En los restaurantes los últimos parroquianos toman apresuradamente el café, mientras los domésticos hacen los preparativos del cierre.

La fila central de candelabros eléctricos es la única luz del bulevar; pero estos faros son rojizos, de vacilante resplandor. Parecen heridas luminosas que expelen sangre á borbotones; un verdadero alumbrado de guerra. Y á su luz dudosa, que deja las aceras en la penumbra, van desfilando grupos en los que son más abundantes los uniformes que los trajes civiles; ingleses secos y altos, vestidos de gris, jugueteando con un bastoncillo que representa la mayor elegancia de un guerrero británico; soldados belgas con gorra picuda de cuartel y una borla sobre la frente; militares franceses en cuyo equipo se han borrado las notas vivas de color que tan visible lo hacían á los tiros enemigos. Unos caminan con paso marcial, otros se apoyan en bastones ó arrastran una pierna; algunos sobre el pecho grisáceo y polvoriento del viejo capote, lucen como una herida fresca, la nota roja de la condecoración recién ganada.

En la acera de enfrente veo un grupo que camina, se detiene y vuelve á marchar, rodeado de curiosos. Son soldados que hablan á gritos, rien, manotean y se empujan. Este alborozo contrasta con la discreción silenciosa y triste de los demás compañeros de armas. Llevan el gorro rojo y los amplios calzones de las tropas africanas. —«¡Los turcos! ¡Los turcos!»—dicen los curiosos y atraviesan la calle para verlos de cerca, con el interés infantil que inspira á los parisien- ses todo lo exótico. Estos turcos van vestido de

verano en pleno invierno. Sus calzones moriscos son de dril. Una capita de paño azul, corta como una esclavina, es todo su abrigo de uniforme. Pero ellos combaten el frío arrollándose al cuello varias prendas de procedencia civil que la distancia no me permite reconocer.

Sigo mi paseo, alejándome de este grupo que se agranda rápidamente con la afluencia de curiosos. El pelotón de alegres turcos parece una estudiantina en una noche de Carnaval.

Minutos después entro en una cigarrería, la única que á tales horas está abierta en el bulevar. Llego al mostrador abriéndome paso entre los numerosos parroquianos que hacen su provisión de tabaco, antes que la tienda se cierre. De pronto una voz, unas palabras que me hacen volver la cabeza, como el que escucha inesperadamente una canción de la juventud.

—¡Recontra! Cuida del saco; no lo sueltes... No seas manazas.

Los tiradores argelinos, los llamados *turcos*, han invadido la cigarrería. Unos cuantos están á mi lado comprando tabaco; dos ocupan la puerta; el resto se mantiene en la acera haciendo frente á la curiosidad pública y contestando á las preguntas de los grupos.

El que ha hablado es uno de los dos que están en la puerta. Me aproximo á él atraído por la sorpresa. Es un hombre joven, membrudo, quemado por el sol y el relente, con largos bigotes rubios. Su compañero, que no habla y sonríe, tiene la tez de color de chocolate y muestra entre los labios azulados una dentadura de lobo. El rubio adivina mi pregunta en mis ojos antes que en las palabras.

—Sí, señor; español. Y todos los camaradas españoles también. Sólo vienen tres moros con nosotros.

Miro á los compañeros que compran tabaco: todos rubios igualmente, de ese rubio español tostado, metálico, que abunda en las costas de Levante.

—Pero ustedes son de Argel.

—Sí, señor, somos de Argel... Pero somos españoles.

Y lo dice con orgullosa majestad, como si quisiera que todos los curiosos amasados en la puerta, y todos los bulevares, y París por completo, se enterasen de su españolismo.

Le doy el tabaco que acabo de comprar, luego pido más y lo entrego á los otros tiradores.

El compañero que guarda el saco, al ver el reparto, extrema su sonrisa achocolatada y enseña aun más sus dientes luminosos.

—Yo morito—dice con voz gutural, golpeándose el pecho—. Yo morito... amigo de Pepe y de españoles.

Pepe es su compañero que lo corrige con un aire de superioridad, por la avidez que muestra ante el tabaco.

—Cállate, Mustafá, y no seas sinvergüenza. Más valdría que cuidases del saco y no lo dejaras en el suelo.

Después me dice guiñando un ojo, con expresión protectora:

—No le haga usted caso: es un infeliz... Es mi secretario.

Este Pepe, figura indudablemente como el orador de la partida. En su conversación se columbran frases de periódico, cuidadosamente guardadas en la memoria, que refluyen con más ó menos oportunidad. Los otros españoles son mocetones tímidos, que agradecen el obsequio con un rubor de labriegos vacilantes al expresar su gratitud. Este sabio, enganchado en los tiradores de Argel, debe ser el que se encarga en los alojamientos de ablandar á la dueña de la casa con el relato de sus miserias, y conseguir la ayuda de las criadas con sus chicleos.

En un momento me cuenta la historia del grupo. Acaban de salir del hospital y van á pasar la noche en el cuartel. Al día siguiente partirán no saben para dónde. Y prolongan lo más posible las breves horas del tránsito por el centro de París, hablando con la gente, deteniéndose, gritando y jugueteando como escolares en huelga. ¡La estancia en el hospital!... Un verdadero paraíso. Los cuidaban grandes señoras...

—Condesas y marquesas, ¿sabe usted?... y yo como tengo mi poquito de educación era el niño mimado... ¡Qué de regalos!

Pepe mira una vez más el saco que guarda Mustafá. Encierra el tesoro de la compañía; todo lo que las buenas damas les han dado: boteés de

conservas, chocolate, dulces, varias botellas entregadas ocultamente á espaldas de los médicos.

La munificencia caritativa se nota en las personas de estos heridos, cada vez más grande. El orador lleva arrollada al cuello una boa elegante de pieles; sus compañeros se abrigan igualmente con estolas femeniles; Mustafá ostenta una esclavina vieja de pellejos de gato, regalo de una venerable devota que se interesó por la salvación de su alma musulmana.

Hemos salido á la calle y hablamos rodeados del grupo de curiosos, cada vez más grande. La gente, al oírnos conversar en un idioma extraño, adivina nuestra nacionalidad con el seguro instinto de las muchedumbres.

—¡Los turcos! ¡Los argelinos! Están hablando en árabe con uno de su país.

Me siento acariciado por un ambiente de consideración y curiosidad. Se fijan en la roseta de la Legión de Honor. Debo ser un personaje de los oasis argelinos, un jefe árabe que se ha despojado de su alquicel para venir á París á divertirse un poco.

Una muchacha del bulevar se lleva una mano á su boca pintada y envía un beso al tirador verboso. No entiende lo que habla, pero presume que debe estar contando hazañas sublimes. ¡Para tí, héroe!

—*Merci, madame*—dice Pepe.

Y luego añade para mí, como si fuese su confidente.

—¡Lástima que vaya deprisa!...

Es inútil preguntarle en qué acción fué herido. Les han recomendado la más absoluta discreción sobre el lugar de las operaciones y evitan los detalles en su relato. «Todos hemos sido heridos en la frontera de Bélgica». Y no dice más.

Sólo se muestra expansivo al hablar de sus compatriotas que están en la guerra.

¿Que si somos muchos?... ¡Muchos! En los batallones de tiradores argelinos todo el que no es moro, es español. Más de la mitad de mi compañía, éramos de la tierra. Hablamos entre nosotros en castellano ó en valenciano. Los moritos nos entienden y hablan también. Los oficiales son franceses, pero hace años que viven en Argel y conocen nuestra lengua. ¡Los coros de zarzuela que llevamos cantados por la noche, frente á los enemigos que cantan algo así como música de iglesia! Luego añade con orgullo:

—Usted de seguro que habrá oído hablar de nosotros: habrá leído algo sobre los «turcos» y su manera de reñir. Han caído muchos de los nuestros, ¡muchos!, pero no lo hemos hecho del todo mal. Los alemanes nos tienen un poquito de aprensión. Son gente valerosa y tozuda, ¡pero nosotros!... Nos llaman salvajes y critican nuestro modo de pelear. Cada uno pega como puede ¿no le parece, caballero? Cuando el encuentro es en un bosque nos subimos á los árboles y desde arriba ¡eche usted balas, que nadie sabe de dónde vienen!... Luego, en el momento oportuno, gente abajo y ¡á la bayoneta! Tuvimos que retirarnos cuando nos aplastaban tirando de lejos, ¿pero al arma blanca?... ¡Vamos, hombre!... Donde entren los turcos diga usted que abren agujero.

La masa de curiosos va aumentando. Un capitán herido que pasa apoyado en el brazo de su esposa, mira con severidad á estos soldados. Pepe da la orden de marcha.

—¡Adelante los españoles! Tú, Mustafá, cuida del saco.

Mustafá da furiosas chupadas á un puro de veinte céntimos y se echa el saco al hombro, violentamente, haciendo chocar las ocultas botellas.

—¡Reconcho! ¡Que vas á romper algo!

Luego Pepe contiene la indignación contra su secretario y se vuelve hacia mí para despedirse.

—Con Dios, caballero. Tal vez no nos veremos nunca; tal vez me maten cuando llegue allá. Pero crea usted que aquello es más divertido que esto. Se vive entre amigos, se canta, se dan golpes y se reciben... Cuando lea que los «turcos» han hecho esto ó aquello, diga usted: «Son los paisanos que están haciendo una de las suyas...» Morito, ¡jojo con el saco!

Y el grupo de argelinos se aleja, seguido por los curiosos, hablando fuerte, manoteando, empujándose, como una alegre comparsa.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

LA DESTRUCCIÓN DE LOS TEMPLOS DEL CRISTIANISMO



LA IGLESIA DE SAN JUAN, DE DIXMUDE, OBRA ARQUITECTÓNICA DE GRAN MÉRITO, EN LA QUE SE CONSERVABAN INAPRECIABLES RELIQUIAS HISTÓRICAS, DESPUÉS DE HABER SIDO BOMBARDEADA POR LA ARTILLERÍA ALEMANA

EVOcando GENIALIDADES



Monumento á Goethe en Viena

ESTA guerra, si alguna ventaja puede reportar por ahora, es la de familiarizar al público con la geografía política. ¿Por qué no aprovecharla los literatos para familiarizar al lector con los grandes escritores de aquellos países europeos, hoy trastornados por la locura bélica, ó puestos por la actualidad sobre la mesa, con otro motivo. Desde luego, dar biografías enteras me parecería ofender la cultura de los aficionados á esta revista. Para huir de este peligro y cumplir aquel deseo, daré unas cuantas anécdotas, procurando elegir las curiosas y poco conocidas. Ahí van un par de ellas para hacer boca.

HEINE Y SUS PALIZAS DE LOS LUNES.

Enrique Heine abatanaba á su mujer todos los lunes. No podía hacer menos. Habíala conocido al ir á comprarse unos guantes á una tienda donde ella despachaba como dependiente. Se enamoró fulminantemente de ella y le propuso hacer vida común. Matilde, que así se llamaba la guanterera, sintiéndose presa también de fulminante amor, aceptó enseguida la proposición del poeta alemán. Era bellísima, pero poco inteligente y nada culta y carecía de dulzura como su amante de paciencia. Tan pronto sentían frenético deseo de besuquearse como por fútiles motivos se enzarzaban en terribles peleas.

Heine la golpeaba solamente los lunes; decía que aquel castigo hebdomadario era indispensable. Matilde sufría las palizas derramando torrentes de lágrimas. Habría podido defenderse, pero se conformaba con agarrarse á las piernas del

poeta, tan fuertemente, que solían caer ambos rodando al suelo, de donde se levantaban más calmados y satisfechos. En tales escenas de amor conyugal fueron sorprendidos muchas veces por sus amistades, que mediaban pacificadoras con poco duradera eficacia, pues los enamorados solían reanudar el litigio al sentarse á yantar, aunque tuviesen convidados. Matilde era muy maliciosa y si creía que algún amigo se ponía de parte de Heine, le arrojaba á la cabeza lo primero que hallaba á mano.

Así, un día le lanzó al rostro á su amigo Weil un plato de pescado en salsa.

Heine, como era otro día de la semana, se excusó diciendo:

—Estáte tranquilo. El lunes le daré una buena lección.

Algunos años después, parangonándose con Sócrates, decidió desposarse con su Xantipa.

Pero, terminada la ceremonia, corrió al café á buscar á sus amigos, y se desahogó, diciéndoles:

—He hecho mi testamento. Lego todos mis bienes á Matilde, pero con la condición de que contraiga nuevas nupcias. Quiero que haya sobre la tierra un hombre que sienta mi falta de este mundo, pensando que si yo no me hubiese muerto, no hubiera podido caberle la desgracia de casarse con mi viuda...

GOETHE Y LOS BESOS DE MALDICIÓN

Es un episodio muy curioso de la juventud del inmortal autor del *Fausto*.

Aprendía el poeta lecciones de baile en Estrasburgo, en casa de un profesor que tenía dos hijas jóvenes muy bellas. Enamorado de una de ellas, le declaró su pasión, pero la doncella, confesándole que estaba prometida á otro, le suplicó que abandonara aquella casa, y uniendo la acción al ruego, le acompañó hasta la puerta, donde le dió un tierno beso de adiós. Pero la hermana mayor, que estaba enamorada secretamente de Goethe, sorprendió el idilio, hizo una violenta escena de celos á la menor, y cogiendo entre sus manos la cabeza del estudiante bailarín, le besó muchas veces en la boca, exclamando furiosa al acabar:

—Ahora, teme mi maldición. ¡Desventura tras desventura caigan sobre la primera mujer que después de mí bese esos labios! Sé que el Cielo no desoír á mi voto. Y vos, señor, huid, huid lo más presto que podais.

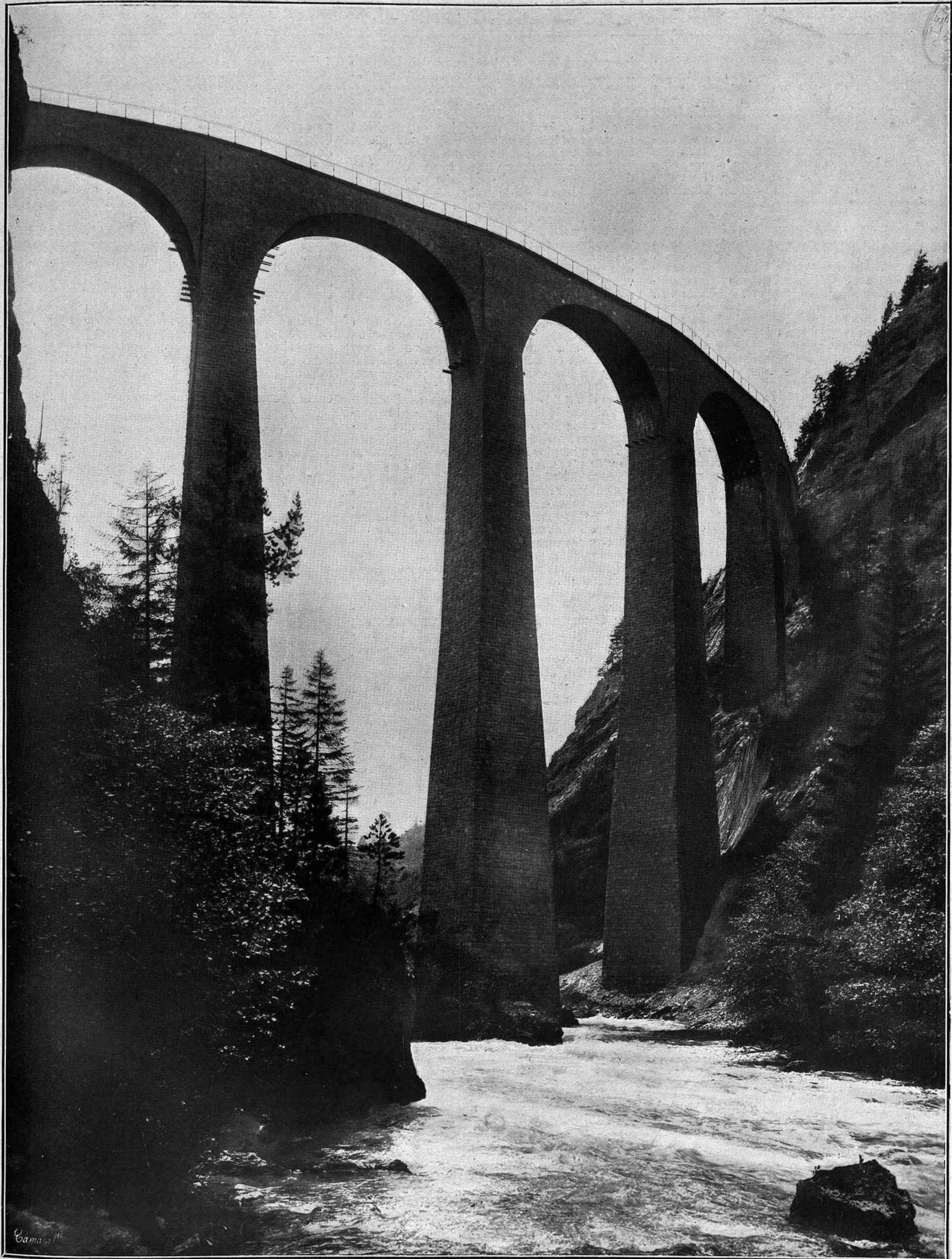
¿Podrá creerse? Pues es cierto: desde que la muchacha apasionada hubo maldito y consagrado sus labios, Goethe se abstuvo de besar á otra mujer, temeroso de atraerle alguna desdicha.

Por fin se enamoró de una señorita, Federica, pero acordándose de la maldición, resistió mucho tiempo la tentación de besarla, hasta que decidido á arrojar de su mente toda idea supersticiosa é hipocondriaca, besó poco á poco, aunque no sin miedo, á su Dulcinea, y conforme fué notando la eficacia de la maldición, aumentó las dosis y los dió con más frecuencia...

E. GONZÁLEZ FIOLE

LA ESFERA

SUIZA PINTOYESCA



Camera

VIADUCTO CERCA DE FILISUR, UNA DE LAS MÁS ATREVIDAS CONSTRUCCIONES DE LA INGENIERÍA MODERNA

FOT. WEHRLI KILCHBERG

EL MEJOR PARTIDO

EN tanto que la guerra continúa, no se interrumpen las acaloradas disputas entre españoles, divididos en dos bandos como los beligerantes. En todo momento, en la calle, en los Círculos, hasta en la intimidad de las familias, se habla de la situación de las tropas imperiales y la de los aliados; se comentan sus movimientos, se narran sus acciones y todo ello con viveza, no en son de crítica serena, sino con fogoso apasionamiento, como si nuestra bandera ondease sobre los campos, á la sazón arrasados por tremendas batallas.

Apenas se reúnen tres ó cuatro españoles, surge la conversación acerca de la lucha que aflige á Europa. Los interlocutores se preguntan mutuamente por qué ejército sienten preferencia, y una vez descubiertas las filiaciones respectivas, plantéase la discusión en términos vehemísimos, sin que cada preopinante conceda á su adversario ni tregua ni cuartel.

Para los partidarios de Alemania, los ejércitos francés y ruso, la marina inglesa, las huestes africanas é indias, son una insignificante patulea que barrerá implacable el invencible Kaiser; Alejandro, César y Napoleón en una pieza; sér extraordinario, maravilloso, más grande aun que los héroes y semidioses de las melancólicas leyendas germanas.

Según los defensores de los aliados, el Imperio alemán y el de Austria, quedarán deshechos, como corresponde á pueblos bárbaros; porque todo eso de la sabiduría, del adelanto, de la cultura, y del progreso de Alemania, es pura invención de cuatro pedantes, que no saben ni siquiera por qué terrenos corre el Rhin.

Se habla de batallas y las cuentan los disputadores como si hubiesen combatido en ellas. Cuando el que diserta es germanófilo, los regimientos franceses se pulverizan ante el fuego de su enemigo; la caballería rusa, no para de correr, amedrentada por el poderío germano, y los barcos ingleses, ni se atreven á navegar inmóviles de espanto sobre las inquietas aguas que los soportan.

Si es francófilo quien lleva la voz, no queda un hulano vivo. Los generales tudescos, no saben mandar ni cuatro soldados con su cabo correspondiente; de un día á otro el Kaiser y sus hijos se volverán á Berlín con los cascos debajo del brazo, mohinos y maltruchos por su mala ventura, y el Imperio austro-húngaro se borrará del mapa, arrancado por las garras del águila rusa.

Cada partidario pone en sus aficiones fuego desmedido. No se razona y habla con sosiego, sino que se grita furiosamente. Hemos pasado desde la mayor indiferencia en los asuntos internacionales á la furia, para defender á pueblos distintos del nuestro; antes, cuando se aludía á problemas de Europa, un soberano y colectivo encogimiento de hombros, respondía á las excitaciones de los políticos interesados en que España alternara en la vida diplomática. Ahora importa más lo que sucede en Francia ó en Alemania, que cuanto ocurre en nuestro propio país.

Los que van por la calle hablan de la batalla del Aisne; en el café se discute acerca de la acción de los *zappelines*; en el Círculo se indignan contra la actitud de Turquía; en el Teatro, y durante los intermedios, nadie dice de la obra representada una palabra, y en cambio, de todos los labios brotan ditirambos ó execraciones dirigidos á los beligerantes.

Los chispazos llegan á nosotros; España, por culpa de los que luchan, sufre una grave crisis; sin meternos en nada padecemos mucho, y sin embargo, más hablamos de los extraños que de lo propio. Cuando nos amenazan escaseces, carestías, hondos quebrantos, seguimos defendiendo, como si fuera de casa, á cualquier general tudesco, ó atacando como si se tratara de un implacable enemigo, á cualquier caudillo de la nación francesa. Se explican las particulares simpatías, la afición de cada cual por

los países más agradables á sus opiniones, pero no se comprende bien el calor que los hijos de España ponen en sus comentarios acerca de la guerra. En primer término, la catástrofe que ahora sufre el mundo no puede ser considerada como una riña de gallos, donde los espectadores muestran su interés por uno de los que pelean, siguiendo su duelo con malsano afán.

Es muy español, en verdad, lo de dividirse en dos bandos que recíprocamente se niegan el agua y el fuego. Hasta en los espectáculos públicos se advierte la tendencia. Fueron famosas las luchas mantenidas allá, en tiempos lejanos, por los partidarios de Stagno, contra los de Gayarre; por los de Vico, contra los de Calvo; por los de *Lagaritijo*, contra los de *Frascuélo*, y si en esta época no se defiende con tanto brío á nuevos y análogos personajes, es acaso porque los más de ellos, apenas si merecen la ofrenda de un apasionamiento.

No hacemos bien en fundar sobre la guerra europea diferencias entre españoles, porque un supremo interés nacional debe servir de empleo á nuestros entusiasmos, á nuestras fogosidades y á nuestros arranques. Execremos la guerra con ardimiento, porque por ella pueblos como el nuestro sienten quebrantos, ni buscados ni merecidos. No pensemos en que la victoria de cualquiera de los que combaten ha de reportarnos beneficios.

Todo vencedor lleva el alma repleta de orgullo y de rencores. Se siente arrastrado por la vanidad del triunfo y por el odio que despertaron en su sér los esfuerzos del enemigo. De los triunfantes nadie espere más que vejaciones, como de los vencidos, sólo se aguarden represalias inspiradas en la amargura de la derrota.

La guerra europea debe preocuparnos, por los males que nos produce, para buscarles remedio y disminuir las pérdidas que nos ocasiona. En vez del partido alemán ó francés, adoptemos el de España, que es el más necesario en las presentes circunstancias; pongamos pasión en favor de nuestros intereses; amor para nuestra vida, entusiasmo por la Patria, que un día arrastrada á combate desigual, víctima de su debilidad, no tuvo ni el apoyo de manos fuertes que la defendieran, ni el consuelo de voces potentes que lamentaran su desastre ó que maldijesen la injusticia de que era víctima.

Hace cuarenta y cuatro años, cuando aún no existían grandes motivos para que se despertase un poco el egoísmo nacional, comentaban los españoles los incidentes de la contienda franco-prusiana, y sentíanse casi todos inclinados á desear el triunfo del país vecino. No hubo, sin embargo, la vehemencia que ahora padecemos, y eso que el conflicto estalló con el pretexto de la candidatura de un príncipe alemán para el trono de España. En cambio el clamor contra la guerra era unánime y ardoroso. Un gran poeta fué intérprete de aquel hondo sentimiento. Escribió don Ramón de Campoamor una de sus más bellas doloras y la magnífica obra fué representada, precisamente en el mes de Noviembre de 1870, y en el Teatro Español. Manuel Catalina y un actor de carácter, llamado Oltra, representaron los dos únicos personajes de la composición dramática: un soldado francés cojo y un soldado alemán manco, que en medio del fragor del combate, y después de auxiliarse mutuamente, execraban los extragos de las discordias humanas. Los versos del poeta, que por cierto no era ningún demagogo, sino un conservador de los más recalcitrantes, fueron acogidos con entusiasmo y se hicieron populares. Producía honda emoción escuchar al tudesco cuando exclamaba:

—No vale la gloria humana
ni la sangre de un trompeta.
Cuántos trenes de batir...
Qué masas y qué cañones.
Sí. ¡Dichosas las naciones
cuya historia hace dormir!

Eran interesantísimos también otros pasajes del poema, tales como el en que los dos soldados decían:

—En fin, nos hemos batido
por...

—Por nada ó casi nada
y hemos hecho una jugada
en que ambos hemos perdido.
—¡Qué bien! Llega un alemán,
se bate con un francés
y ambos quedan sin los pies,
sin las manos...

Y sin pan.

Por último, impresionaron profundamente las siguientes frases de Campoamor puestas en labios del soldado francés:

Con voz por el llanto ahogada
probaremos á la Historia,
que es una infamia la Gloria
y más la más celebrada;
que pone esa gloria altiva,
el robo sobre el trabajo;
que está la ley de aquí abajo,
sobre la ley de allá arriba;
el grande sobre las leyes,
sobre el grande la privanza,
sobre los pueblos la holganza,
los pueblos sobre los reyes,
sobre los pueblos la guerra,
sobre la guerra los duelos
y lo que es más triste, ¡oh cielos!
los tontos sobre la tierra.

Si en 1870, tocándonos tan de cerca las causas que produjeron el choque entre Prusia y Francia, no llegamos á los extremos de convertir la guerra en motivo de división, ¿por qué mantenerse ahora los dos partidos que en todos los lugares y á todas horas muestran su francofilia ó sus aficiones por los germanos? Pensemos en el partido que nos lleve á remediar los males que ocasiona á nuestro país la terrible lucha. Y al considerar sus males, repitamos con el insigne autor de las *Doloras*:

Dios, justamente irritado:
pon término á esta jornada
por la tierra ensangrentada
y por el cielo ultrajado.
Venga á nosotros, Señor,
aquél que á este mundo trajo
la justicia y el trabajo,
la fe, la paz y el amor!



D. RAMÓN CAMPOAMOR

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



CLARÍN DE GUERRA

Guerrero, el que va orgulloso
del airón de su cimera
porque ha escrito con sus plumas
una estrofa de leyenda;
paladín el más temido
de las huestes agarenas,
porque troquelando muerte
van los cascos de tu yegua;
jinete garboso y firme,
que á su bridón espolea
por los abruptos senderos,
galopando á rienda suelta
en busca de aquel castillo
que alza su mole en la sierra,
donde hay una castellana
que sólo en tu amor espera;
campeador firme jinete
que airoso el cuerpo cimbreas,
orgulloso del plumaje

del airón de tu cimera:
al borde de los caminos
que conducen á la sierra,
hay un bardo caminante,
trovador de fina ciencia,
que abandonó las estancias
de las cortes con sus fiestas
cuando se manchó de armiño
el ébano de sus crenchas.
Hoy sólo escuchan sus trovas
las veladas mesoneras,
los pecheros en el campo
cuando descansa la esteva,
el peregrino en la ermita
y el pastor cuando sesteá.
A tu paso ha desgranado
de su guzla entre las cuerdas,
un romance más altivo
que el airón de tu cimera.

«Tan castellana es la cota
que un mesnadero se aferra,
y es tan castellano el pecho
que se defiende con ella,
cual castellana la adarga
que al Rey le ciñe la Reina
y los pechos castellanos
de Santillana ó de Niebla;
las hazañas son tan nobles,
hechas con pica ó ballesta,
cual las hechas con mandoble,
cuando hazañas son bien hechas.
Ni Alvar Fáñez de Minaya,
ni el Cid fuesen á Valencia,
si no hubiese mesnaderos
que siguiesen sus banderas.
Y si la suerte es contraria
y andan las huestes deshechas,
al mismo nivel del suelo

van rodando las cabezas
del villano de behetría
y del señor de caldera».

ooo

Al conjuro de este canto
se removerán las peñas,
recios vibrarán los troncos
y se agostarán las hierbas
y zumbarán los pinares
despeinando sus guedejas,
y sacudirán los montes
sus parduzcas sobrevestas
y los vientos de las frondas
de las cumbres de la sierra,
abatirán los altivos
plumajes de tu cimera
y soplarán vendavales

más recios que tu rodela
y rugirán aquilones
más ligeros que tu yegua.

ooo

Guerrero, el que va orgulloso
de sus plumas de leyenda;
jinete bizarro y firme,
que á su bridón espolea;
paladín de castellanas
que sólo en tu amor esperan:
oye al bardo peregrino,
trovador de fina ciencia,
que á tu paso ha desgranado,
de su guzla entre las cuerdas,
un romance más altivo
que el airón de tu cimera.

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN

MIRANDO AL PASADO



LA PUERTA DE SAN VICENTE

BAJANDO por aquella calle de Mira el Río que, desde la alcantarilla de Leganitos venía bordeando las tapias de Palacio, antes de llegar a la glorieta donde se abría el camino de la Florida, dábais con un arco, puerta ó portillo que la tradición tenía por monumento artístico y la leyenda por objeto preciado de los beneficiosos tiempos del Rey Carlos III.

Ese arco tomaba el nombre de San Vicente por la estatua que de este santo se veía en la antigua puerta. Y quiere decirse que en 1726, á la altura de la que hoy es calle de Arriaza, se construyó la primitiva puerta de tres arcos, uno de los cuales daba acceso á la posesión del Campo del Moro, donde en las tibias y perfumadas mañanitas de Mayo tomaban el acero las mozas casaderas. Casi medio siglo tuvo de vida la puerta. En 1775, D. Francisco Sabatini la reconstruía algunos metros más abajo, ya para salir al campo, con su arco de medio punto, almohadillado, todo ello fabricado con piedra de Colmenar y sujetándose á un puro estilo dórico.

La puerta ha desaparecido, como desaparecieron otras muy estimadas. De la demolición casi nadie dióse cuenta, pues que se llevó á cabo en muy pocos días.

Ella estaba engarzada á nuestra niñez, sirviendo de marco á tantos y tantos recuerdos que nunca lloraremos bastante.

¡Puerta de San Vicente! ¡Arco bendito! En las noches de verbena eras todo un símbolo. Bajo tí pasaron carrozas y calesines. Tú llevabas al español Trianon, que pertenecía á la duquesa de Alba, para que la aristocracia se divertiera á sus anchas en tan magnífico lugar. Tú serviste de cita á linajudos galanes que por los jardines de la Teja murmuraban de cierta maja señorial. Lindas cabecitas de manolas próceres sonreían al cruzar la puerta de San Vicente, yendo á un novenario en la ermita de San Antonio. Ostentaban la peineta de sus madres, puesta otra vez de moda: la peineta de carey, altiva, graciosa y noble que ahora resurge juntamente con los pañuelos filipinos. Sólo que entonces, los hombres que habían sabido conservar el valor épico, hacían perdurables el chupeín y el calzón corto, la camisa con chorreras y el capote con mangas, la faja grana y el zapato de hebilla, el sombrero de medio queso y las patillas achulegadas. Del mismo modo, la peineta armonizaba con el vestir de antaño, encajando perfectamente en los anchos rodetes de trenzas chatas de siete cabos y al lado de las mantillas de tira sujetas con flores, los pañuelos de espumilla, el delantal y los zapatos de tabinete. Lindas cabecitas que se sonrojaban al escuchar el piropeo de los tragineros que jugaban al tute en la solana del portón, ó se ocultaban en la capota del calesín sintiendo toda-

vía la vergüenza de haberse detenido en la Pradera del Corregidor á tirar á la barra con algún mozo chispero por quien acaso momentos antes suspiraran amores, puestas al pie del santo glorioso de las azucenas.

Se derribó la puerta y los que tenían afecto á las viejas cosas que eran alma de Madrid, sintieron una grande desazón.

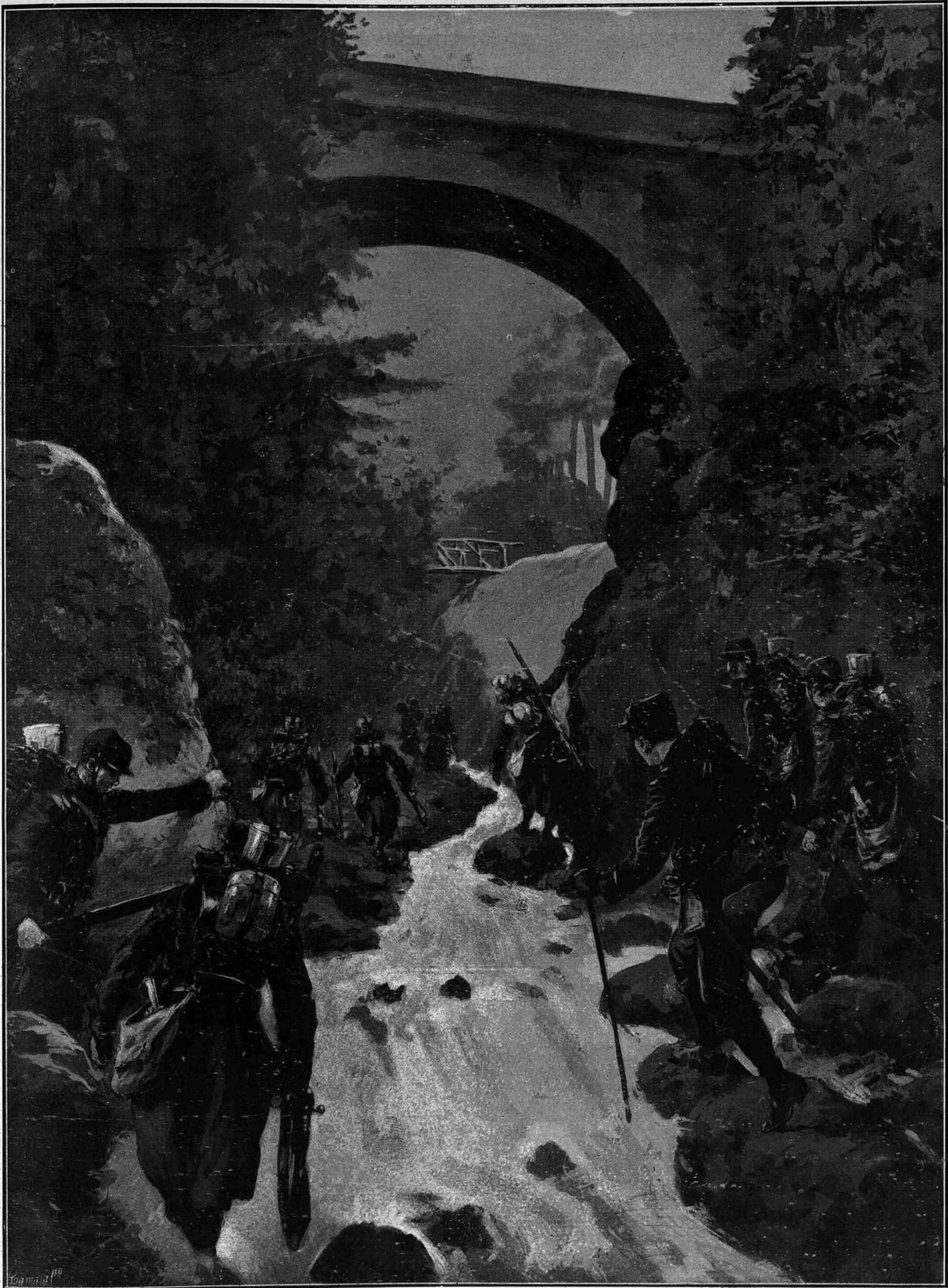
La feliz juventud que bajaba á la verbena, ya no volvió á ver el portillo que durante las noches memorables de otros años fué testigo de promesas y asilo de divinos galanteos. Ninguno, ninguno de ellos volvería á escribir su nombre en los muros del arco, ni á poner su moneda en la mano descarnada de la ciegucecita que arrancaba de su pecho cantares que más bien parecían lamentos...

Esa puerta tenía huellas de los balazos que iniciaron la jornada del 2 de Mayo; sangre de los héroes salpicó en sus piedras, las piedras mismas que recogían el estruendo de la multitud que en ella se agolpaba cierta noche en que las llamas destruían el ameno rincón que se llamó la Real Florida.

Por donde estuvo la puerta, parece que pasó la muerte. Se paraban allí los curiosos, diciéndose unos á otros: ¿Quién ha ordenado el derribo? Y la pregunta se perdía como en un desierto.

ANTONIO VELASCO ZAZO

LA GUERRA EN LOS VOSGOS



ATENEOS DE MADRID

UNA SECCIÓN DE EXPLORADORES FRANCESES AVANZANDO SOBRE EL ENEMIGO, EN LAS CERCANÍAS DE SAINT-DIE, DURANTE EL INTENTO DE LOS ALEMANES PARA ENVOLVER Á SAINT-MIHIEL

COMENTARIOS DE LA GUERRA

EN uno de sus últimos números publica LA ESFERA una interesante información sobre la postura que han adoptado los caricaturistas en torno á la enorme pirámide de cráneos y bajo la nube de los cuervos. La firma autorizada de Silvio Lago analiza la materia desde un punto de vista á par técnico y filosófico. ¿Permitiréis ahora los comentarios de un desocupado que gusta de sentarse en las terrazas de los cafés y platicar con los amigos entre sorbo y sorbo de un veneno de cualquier fantástico color?

La guerra no acaba y ya los países beligerantes se normalizaron en su anomalía. Desde los trenes á la correspondencia, otra vez el extranjero se comunica con nosotros. Cada tarde visitamos una gran biblioteca madrileña y llévanos la esperanza de reanudar antiguas relaciones, que la catástrofe ha venido á interrumpir. En diversos pupitres y en sus carpetas coloradas yacen los periódicos del bulevar, los británicos y los munitenses. Inmediatamente después del estallido, dejaron de llegar todas las aludidas revistas. Al cabo del tiempo, sólo faltan los semanarios alegres de París. El ejército alemán principió por destruir los viñedos que producen el champagne y los no menos famosos del sprit gaulois. ¿Es que ha enmudecido Francia? ¿Es que sus cuplés se han trocado en estrofas de una sentimentalísima canción...

Le Rire no se ha renovado y, por una epigramática casualidad, hay en la portada del último y atrasado número, un cromó donde á un ciclista se le ha roto la máquina y resulta imposible continuar el viaje. En cambio, L'Illustration diríase que se rejuveneció como un vencido de Bismarck que anhela el desquite. Sus páginas sensatas y académicas, quieren ser jóvenes y confían al claroscuro sus deseos de gritar y despeinarse líricamente. Francia cultiva la nota patética. El silencio de los caricaturistas y los alaridos de L'Illustration, constituyen los polos de la psicología del pueblo francés en el momento actual.

Si desconociésemos la vida de la República y encontráramos por únicos datos los que acabamos de exponer, deduciríamos que Francia se regalaba con una existencia amable y sin sobresaltos. El golpe tan rudo de la quiebra, apagó sus risas descuidadas y la hizo prorrumpir en dolorosos aullidos. Los galos eran demasiado felices. En efecto, poseían mucho oro y la sabiduría y el placer. No en balde Anatole France sonríe con su bondadoso escepticismo en la



Soldados alemanes tomando una bandera á los franceses en uno de los combates del Marne
(Dibujo publicado por la Leipziger Illustrirte Zeitung)

cumbre de la literatura francesa. Prueba de la suave facilidad ambiente al otro lado de los Pirineos, se halla en que, ni el teatro, ni la novela, ni las demás llamadas bellas artes, ofrecen nada que no sea el discreto y los pizzicatos al margen de la frivolidad. Aplaudidos y enriquecidos, los intelectuales no se sienten rebeldes. ¿Qué clase de sátiras se provocarán en un medio con sus fragancias adormecedoras? Los tigres mismos acompañaban á más de una actriz en moda por las Avenidas del Bosque de Bolonia, como si fuesen los perros favoritos. Le Rire, Le Journal Amusant, La Vie Parisienne, etc., tenían el descaro de las muchachas que ya son más que inspiradoras, que son posteriores á las Demi-vierges de Marcel Prevost. Si algún monstruo surgía dando zarpazos, al último lo domesticaban invitándole á ponerse todas las noches el frac, que es una especie de camisa de fuerza. Recordad á Forain. En cuanto á los revolucionarios de L'Assiete au beurre, en su mayoría no nacieron en el bello jardín de Francia, sino en tierras trágicas. Dibujábase en el Barrio Latino

non est hic locus los chulescos señoritos del Lion d'Or.

Imaginaos á Goya que contemplase el atrasado número de Le Rire con su plana de la bicicleta y L'Illustration con sus lindas fantasías horribles en el papel couché. Ya se hunde el chisterón, ya arruga el entrecejo. Goya sería aliado, como se dejó influir por los retratistas ingleses y le contentaba vivir en Burdeos. Sin embargo desdeñaría los optimismos de los partes oficiales luego de examinar Le Rire y L'Illustration. Se desprende de entrambos periódicos, la alegría de vivir del pueblo francés. Y las batallas no se han hecho para los panzudos epicúreos ni para los refinados y sutiles espíritus archilibrescos. Tal vez recomendase á los soldados que hojeasen su álbum de los horrores de la guerra... ¡Oh, el versallesco salterio, con unas cuerdas delicadas y otras cuerdas aun más delicadas, no tiene la intensidad de la guitarra con la prima histérica y el taciturno bordón!

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

cómo los nihilistas rusos conspiraban en las arboledas del Luxemburgo. La caricatura parisiense es joven y bonita y, sobre todo, se preocupa de que resalte su chic. En esto, la guerra. Aquellos artificiales muñecos con faldas que ya consideraban provincianitas ingenuas á las vírgenes locas, convirtiéronse en enfermeras de los hospitales de sangre. Los pintores risueños y dichosos, ya no podían comentar las piruetas de Ninjinski, ni los tangos. ¿Callan por discreción? Acaso marcharon á las filas y el que regrese sí que ha de ser un humorista de verdad.

Pero ya ha alcanzado la categoría de axioma la frase célebre de que en Francia todo termina en una canción. No se concibe la mudez de Francia á lo largo de la crisis, del conflicto. Quedan los graves y condecorados redactores de L'Illustration, fuera del peligro de las balas por triste privilegio de la edad. Y han desenterrado un atesorado romanticismo y lanzan viñetas dignas de servir de portadas á las romanzas que se cantan en los salones. Los referidos croquis nos hacen el efecto de que son las desaparecidas caricaturas, pero vueltas del revés. Adolecen de una idéntica falta de solidez y profundidad. Los elegantiza una determinada coquetería, admirable al fulgor de las candilejas. Muy femenil la caricatura y muy femenil el llanto. «No es por ahí», como traducen el

DE OTROS TIEMPOS Y OTRAS GUERRAS
UN CARTEL DE DESAFÍO QUE LANZÓ CARLOS I

FUERTE cosa parece que en los más de los casos, las guerras y contiendas que tienen unos pueblos con otros (así como ahora acontece), nazcan de lamentables y particulares sucesos acaecidos á las familias reinantes, y que sean los pueblos quienes tengan que dar su sangre, que representa millones de vidas, muchas de las cuales son excelsas figuras de la historia contemporánea, y otras, esperanza brillantísima; como quien dice, semilla arrancada antes de dar fruto.

Y pocas veces los causantes primordiales de tan grandes catástrofes, han mostrado grandeza de alma y esfuerzo de corazón para ventilar por sí solos las rencillas, como simples caballeros que arreglan entre sí una cuestión de honor.

Y es que tengo para mí, que es muy cierto que han acabado los tiempos en que la hidalgía y la nobleza tenían por suya la monarquía de las naciones latinas.

¿Qué testa coronada de todas cuantas ahora andan á la greña fuera tan noble y arrojada que dijera: Arriésgueme yo que soy un solo hombre, pero representante de muchos, en número de millones, y sostenga con mi vida el honor de mi pueblo?

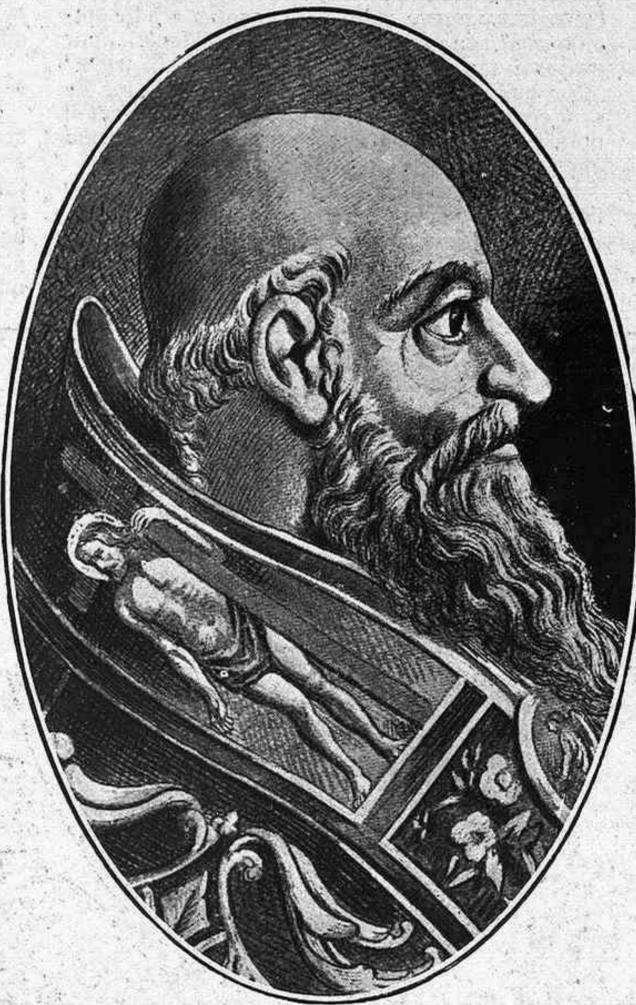
A buen seguro de que esto no lo hará ninguno y todos dejarán que corra la sangre, sin duda pensando que la sangre es muy buen abono y da más vigor á la tierra y pinta más doradas las espigas, y más intensas las flores.

□□□

No sino de aquella otra manera pensó una vez, allá por los casi legendarios años de 1536, la augusta majestad de Carlos I de España y V de Alemania, aunque tampoco lo llevó á cabo.

Francia y España asábanse á contiendas por aquellos tiempos y de poco servían las noblezas y arresos de nuestro soberano contra la doblez y trivialidad del monarca francés, el cual de manera tan poco digna y brillante, rompió los tratos de la capitulación de Cambray, dando con ello rienda suelta á la fogosidad del César, quien por el entonces hallábase en Roma agasajado por el Pontífice y el Colegio de Cardenales.

Los embajadores de la corona de Francia es-



PAULO III

cogieron tan intempestivos momentos para pedirle respuesta categórica en nombre de su señor, acerca de lo que había de hacerse con Francisco Sforza, duque de Milán, quien en disputa con un criado del embajador de Francia, habíale dado muerte.

No era otra la idea del monarca galante (y para ello buscó, sin encontrarle, el apoyo de los príncipes extranjeros) que la de sumar á su corona, en pago de este agravio, que él creía autorizado por el monarca español, el ducado de Milán.

Así como Carlos I oyó, como se ha dicho, el audaz apremio, prometió responder al siguiente día en presencia de la Corte pontificia y de toda la diplomacia existente en la Ciudad Eterna.

□□□

Y tuvo lugar tan memorable respuesta el 17 de Abril de 1536.

En las ansias y curiosidad de todos bullía la coñezón por presenciarse acto tan solemne, y bien puede asegurarse que en el tiempo que medió hasta la hora indicada, todo el cuerpo diplomático que posaba en Roma estuvo febril.

Llegó al fin la hora, y el Emperador ó Rey alzóse de su asiento y con mucha parsimonia, por el esfuerzo que le costaba el idioma, pronunció en castellano contra su primo el Rey Francisco, un violento pero razonado discurso.

Comenzó declarando cuánto ansiaba y hacía por mantener la paz en Europa y cuán difícil hacíaese conseguirlo, con monarca tan inconsecuente y ambicioso.

Echóle luego en cara la ingratitud y deslealtad violando los tratados de Madrid y Cambray.

Según hablaba, dijérase que al César le ardía la sangre y el calor de ella borboretábase en los labios y eran las palabras que de ellos salían, valientes apóstrofes contra su deudo.

Y al fin, sin que ya fuese dueño de sí, dijo: «Pues sepa el Rey Francisco y sepan cuantos me oyen, y con ellos todo el mundo, que ni tengo de dar á nadie lo mío, ni tomar tampoco lo ajeno, ni disimular las injurias del duque de Saboya.

»Entiendan todos mi propósito. No diga el

Rey que le quiero engañar ni tomarle de sobresalto; de aquí me iré con el favor de Dios á Lombardía, juntaré allí el mayor ejército que pudiere y con él entraré por Francia y procuraré vengar mis injurias y las de los míos, como á mi oficio conviene hacerlo.»

Y aquí detúvose un breve espacio, como para aliviarse del iracundo calor de su oratoria; pero presto la arrogancia y la bravura mandáronle continuar el agresivo discurso, y fué así:

«Mas, lo mejor de todo, será excusar los grandes males y daños que suelen seguirse de la guerra, á donde padecen ordinariamente los que no tienen culpa. Hayámoslo nosotros de bueno á bueno: pongamos el negocio en las armas. Haga el Rey campo de su persona á la mía, que desde ahora digo que le desafío y provocho y que todo el riesgo sea nuestro y cómo y de la manera que á él le pareciere, con las armas que le plazca escoger, en una isla, en un puente, á bordo de una galera amarrada en un río... que yo confío en Dios, que como hasta ahora me ha sido favorable y me ha dado victoria contra él y contra todos los enemigos suyos y míos me ayudara esta vez en una causa tan justa...»

□□□

Con tal energía y tan imperioso acento hubo de decir estas palabras, que el Papa tuvo que interrumpirle y exhortarle paternalmente para que continuase haciendo cuanto pudiese por la paz, y más aún que no tuviese tan decidido empeño en poner su persona, que tanto importaba al mundo, en el peligro de un duelo en las estrechas condiciones que exigiera el Emperador.

Quisieron hablar los representantes de Francia, pero no lo consintió el Pontífice, y así dióse la sesión por terminada en aquel mismo punto y hora.

Aunque doloroso sea decirlo, las caballerescas intenciones de Carlos de Austria estrelláronse ante los consejos de Paulo III y otra vez comenzaron las sangrientas luchas en las que tanta gente feneciera, sin que diéraseles nada de la enemiga entre Francisco y Carlos...

DIEGO SAN JOSÉ



FRANCISCO I



CARLOS I

BIBLIOTECA
TE NEODE



NOCHE de Agosto, tibia y lunada. Miguel y Enrique, los dos sordomudos, pasean lentamente bajo los árboles de Recoletos, y la vehemencia de sus ademanes llama la atención de los transeúntes. La gente les mira. Uno y otro son jóvenes, elegantes y de apuesta y razonable estatura. El interés de su conversación parece muy grande.

MIGUEL.—Yo ignoraba que el marqués de Vitinia tuviese una hija ciega.

ENRIQUE.—También yo.

M.—Los aristócratas suelen avergonzarse de esas equivocaciones del amor, y las esconden. Las niñas que nacen ciegas, ó mudas, como nosotros, nunca son presentadas al mundo. Su desgracia humillaría á sus hermanas y á los novios de sus hermanas, que no querrían tener una cuñada así. Las infelices, de consiguiente, vivirán recluidas en las habitaciones interiores de la casa, ó serán enviadas á cualquier granja ó cortijo, bajo la custodia de un mayordomo fiel. Los anormales afrentan á su estirpe; no debe hablarse de ellos. A Paulina, de consiguiente, la conocí por casualidad. Es un tropezco novelesco. (*Contracción sombría*). Novelesco y maldito.

E.—Cuenta.

M.—Había pasado varios días en el campo, cazando, y regresaba á Equis para tomar el tren de Madrid. Cerca de la Estación, el marqués de Vitinia posee una finca magnífica, á la que no va casi nunca. Yo conozco mucho al administrador, que también siendo yo niño, estubo al servicio de mi padre, y fui á saludarle. Le hallé en el jardín. El pobre viejo, que me ha visto nacer, enrojeció de emoción y me besó las manos. Se llama Ricardo. Por gestos me manifestó sus deseos de enseñarme la casa, y le seguí. Plantísimos lozanos de flores embalsamaban el ambiente, y los árboles tejían sobre nuestras cabezas una apretadísima bóveda de verdura. De pronto, sentada al borde de una fuente, ví á una joven que, al acercarnos, se puso en pie.

E.—Paulina...

M.—Paulina, sí. Me dió

la sensación de una estatua viva. Vestía un traje blanco: era alta, era delgada, era lívida como las hostias, como las muertas; era ciega...

(*Hay una pausa. Miguel coge á su amigo por un brazo y se lo oprime convulsivamente. Luego, continúa.*)

Yo creo que los hombres normales se apasionan: menos que nosotros, pues los oídos, según opinión de doctos autores, ventanas son por las cuales la distracción penetra fácilmente en las almas, y con ella el olvido. Mientras nosotros somos más reconcentrados, vivimos más solos y en nuestro hermetismo pronto el deseo estalla y se hace volcán.

E.—(*Con ardor*). ¡Desdichado! ¿Estás enamorado de Paulina?... ¡Qué espanto!... ¿No comprendes que eso es imposible?... ¿Cómo la dirás tu amor si ella no te ve?...

Los ojos de Miguel se llenan de lágrimas y, súbitamente, la angustia de su corazón reventó en un sol ozo, tan fiero, tan hondo, que semeja un rugido. Para que no le vean llorar, se cubre el rostro con un pañuelo. Los dos amigos aceleran el paso.

M.—La aparición de Paulina me había trastornado y permanecí quieto y como clavado en el suelo. Cuando me recobré, pregunté á Ricardo: «¿Quién es?...» El, sonriendo de mi sorpresa,

escribió en un papel: «Es la hija menor del señor marqués. Se llama Paulina». A otras muchas preguntas más respondió en igual forma, y así supe que Paulina se había criado allí y que tenía diez y nueve años. Yo pensaba: «Si ha crecido aquí, en este ambiente tan saludable, ¿por qué está tan pálida? ¿Por qué está tan triste? ¿Por qué hay ese dolor, ese infinito dolor de destierro, en sus mejillas?...» De nuevo perdí el dominio de mí mismo y rompí á llorar... como ahora... ¡más que ahora!... (*Llora*).

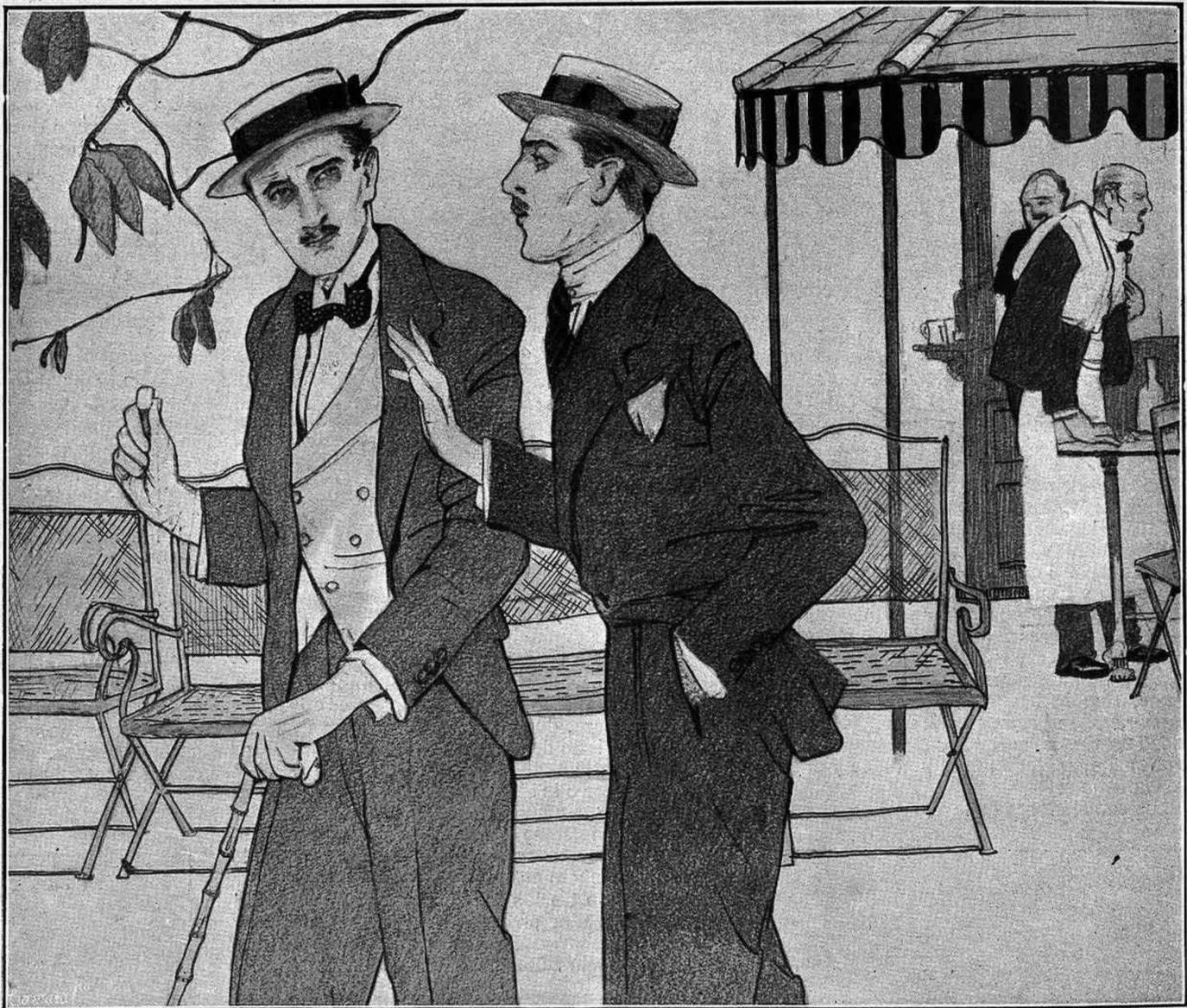
E.—¡No seas niño!... Sigue, sigue... ¡que me tienes sobre ascuas!...

M.—(*Gesticulando con misterio*). Ví que los labios de Paulina se movían y que su rostro reflejaba asombro, miedo... «¿Qué dice?»—excl-

ro si podría corresponderle, ya que su espíritu, ó lo que es igual, su conversación, es lo único capaz de interesarme... ¡y no la oigo!...» Se echaba á reír y yo, de verla reír, reía también. ¿Comprendes?... Mi dolor, como la agonía de los que mueren helados, se hacía hilaridad.

E.—(*Absorto*). ¡Espantoso... horrible... sigue!...

M.—Hasta que una tarde, loco de pasión, me acerque á Paulina y cogiendo sus manos se las cubri de besos. Así. Se las besaba y, tal vez, se las mordía. ¡Así... así!... (*Besándose furiosamente las manos*). Desde entonces Paulina cesó de reír. ¿Por qué? ¿Me odiaba? ¿Empezaba á amarme?... ¡No lo sé aún!... El viejo Ricardo, que comprendía mi agitación creciente, me acon-



mé.—Ricardo contestó: «Pregunta que quién es usted, y qué le sucede para llorar». ¿Concibes nada más extravagante, más absurdo, ni al mismo tiempo más poético?... Yo repuse: «Ricardo, preséntame á esa mujer.» El escribió burlón: «¿Va usted á enamorarse de ella?»—«No—respondí,—porque ya lo estoy. Preséntame.» Mi ademán era conminatorio, irresistible, y Ricardo obedeció. Paulina insinuó una sonrisa y me dió la mano. ¡Su mano fría, humilde; su mano, de cera! Y, de repente, su lividez fué más intensa, como si corriendo á lo largo de su brazo, mi fatal deseo la hubiese dado un golpe en el corazón.

(*Nueva pausa. Miguel se ahoga. Con frecuencia se lleva una mano á la garganta.*)

E.—¿Y después?...

M.—He vuelto á verla muchas veces y, contemplándola, absorto ante la tragedia de sus ojos, he pasado días enteros. Nuestras primeras entrevistas fueron festivas. Nos reuníamos en el jardín, junto á la fuente. Ricardo nos servía de intérprete, traduciendo alternativamente, á ella mis ademanes, y á mí las palabras de ella. Al principio, estas entrevistas divertían á Paulina. Decía: «Comprendo que mi figura agrade á don Miguel, pues los hombres galantes hallan siempre en todas las mujeres algo bonito. Pero igno-

rajó que no volviese y hasta llegó á amenazarme con decirle al marqués lo que sucedía. Pero yo, seguro de su fidelidad hacia mí, le eché en horamala, y el pobre limitaba su vigilancia á observarnos, á Paulina y á mí, desde lejos. (*Pausa*). ¿Cómo explicarte la enagenación de alma y de sentidos que aquella mujer me producía?... Durante horas permanecía á su lado, separados ambos por el abismo de su ceguera y de mi mudéz. A ella debía desesperarla mi silencio, según á mí me desesperaba su inmovilidad. Pigmalión, enamorado de una estatua, no sufrió, seguramente, más que yo. A la puesta del sol, sobre el vasto fondo oscuro de los árboles, la figura de Paulina, estuviere sentada ó en pie, de mármol parecía. El traje, que caía en hondos pliegues á lo largo del cuerpo tranquilo, la carne del cuello, las mejillas, los divinos ojos, quietos, blancos, todo era de piedra. Sobre su cristal muerto, los párpados se cerraban, se abrían... ¿Y para qué? (*Silencio*). Una vez la noche nos sorprendió en el jardín y la luz rubia de la luna, añadió á la silueta mística de Paulina, una idealidad nueva. Sus cabellos de oro brillaban alrededor de la serenidad de su frente, como un halo santo. Miré en torno mío y Ricardo no estaba...

E.—¡Miguel!... ¿Es posible?

M.—Sí, perdóname.

E.—Fuiste un miserable.

M.—La adoraba... Su hermosura se me entraba á raudales por las pupilas, y de pronto se hizo sed..., y la sed hizose frenesí... Dos años han transcurrido desde entonces y adoro á Paulina como siempre..., ó más que nunca, acaso porque no he podido decirselo todavía. Es mi felicidad, es mi suplicio...

(Los dos amigos continúan paseando).

ooo

Escena en un gabinete pulcramente amueblado. Desde el balcón abierto se domina un ameno paisaje: árboles, montañas azules, un río. Desfallece la tarde. Paulina y Celia conversan sentadas en un diván. Celia también es alta, viste elegantemente y tiene unos magníficos ojos verdes.

CELIA.—Tu casa es modesta, pero cuanto hay en ella es de exquisito gusto.

PAULINA.—Todo lo ha comprado y dispuesto Miguel. ¿Ves bien?... Enciende las luces; dicen que la noche es triste.

C.—No; todavía por los balcones entra bastante claridad. Pero, ¿tú qué entiendes de eso, Paulina?

P.—Nada. Ya supondrás que charlo á tontas y á locas: me limito á repetir lo que dice Miguel cuando viene á estas horas.

C.—¿Cómo te lo dice?...

P.—Valiéndose del abecedario para ciegos; pero sus palabras, francamente, me son ininteligibles. Habla de la obscuridad de la noche, de lo que ustedes, los que tienen ojos, llaman crepúsculo: dice que ver anoecer, es como ir poco á poco quedándose ciego.

C.—¡Pobre Paulina! (Observándola con curiosidad y ternura). Yo supe tu boda el verano pasado en Biarritz. La noticia impresionó mucho á la opinión, porque tu padre nunca había hablado de tí.

P.—¡Como si mi ceguera le deshonrase!...

C.—¿Viene á visitarte?

P.—Nunca.

C.—¿Y tus hermanas?

P.—Tampoco. A esta casa nunca viene nadie. Si no fuese por mis criadas, se me olvidaría hablar.

C.—¿Y, eres feliz?...

P.—Sí... (Su voz ha temblado ligeramente. Una humedad de llanto ha bruñido el muerto cristal de sus ojos).

C.—No me engañes. No lo merezco. ¿Eres feliz?...

P.—A ratos, sí; á veces, no... y, desgraciadamente, esos momentos de tortura son los más largos. (Abandonándose á la emoción). ¡Oh! ¡Tú no sabes, Celia, lo que es amar á un hombre ó creer que le amas... y no poder decirselo.

C.—¿Cómo le conociste?... Cuéntamelo. Hay en ese matrimonio un absurdo, que ni yo, ni nadie, puede comprender.

P.—¡Tienes razón! Es un lance de novela; de pesadilla, mejor dicho... (Pausa). Yo vivía «recluida»—esta es la palabra—cerca de Equis, en una granja propiedad de mi padre. Una tarde, Ricardo, el mayordomo de la finca—mi carcelero—me presentó á Miguel Hazañas. Yo le alargué mi mano y en la manera que él tuvo de oprimirmela, mi alma de mujer recibió la revelación del amor: en el acto me sentí perseguida, deseada, y como envuelta por un magnetismo inexplicable. Asombrada de no oírle hablar, interrogué á Ricardo: «¿Se ha ido ya ese señor?» El viejo criado se echó á reír. «No, señorita; pero para usted, como si se hubiese marchado, porque don Miguel es mudo». Pasados unos instantes, agregó: «Dice que es usted muy linda y que quiere casarse con usted». No supe contestar: sucesivamente sentía mis mejillas palidecer y arrebolarse, y al mismo tiempo la idea de parecer hermosa me producía bienestar inefable. Continuaba el silencio. ¡Ah, Celia! ¡Tú no imaginas lo que es el silencio para los ciegos!... No pude contenerme: «Ricardo, ¿qué hace ese señor?...» El replicó: «Mirarla á usted».—«¿Y no dice nada?»—«Dice que está enamorado de usted y que volverá por aquí todas las tardes». Una angustia indecible se apoderó de mí: «¿Cómo lo dice?»—exclamé.—«Por señas, señorita; merced á unos gestos que hace con las manos». La idea de no poder comprenderle, me causó gran pena. Aquella noche, sin embargo, estuve contenta; pensaba en él y su recuerdo me alegraba. El deseo me rondaba; yo era una presa. ¿Cómo sería aquel hombre?... Para imaginármelo evocaba el contacto impaciente, un poco rudo, de sus dedos. En mi espíritu, toda su alma se reducía á una mano.

C.—Continúa: jamás en ningún folletín, leí otra página igual.

P.—Miguel iba á visitarme casi diariamente, y aunque no hablábamos, parecíame que, á su lado, el tiempo corría más y era más dulce. Al principio Ricardo, entre risas, nos servía de intérprete; luego, fatigado de su papel, fué separándose de nosotros hasta dejarnos entregados á nosotros mismos. A Miguel, según después he sabido, le exasperaba mi inmovilidad, como á mí me enloquecía su silencio. A veces, nerviosísima, me echaba á llorar; él, entonces, me cogía las manos y me las cubría de besos, ó bien se las llevaba al pecho, para que yo sintiese latir su corazón. Este contacto tan delicado, tan íntimo, me hacía dichosa... (Bajando la voz). Una tarde, Miguel me tomó entre sus brazos; yo sentí que el suelo me faltaba bajo los pies y lancé un grito...

C.—¿Y Ricardo?

P.—Ricardo no estaba... (Pausa larga).

C.—¡Paulina mía! (Besándola). Sigue, sigue tu confesión.

P.—Fué algo brutal, algo delirante, salvaje, de

P.—Jamás mujer ninguna sufrió atropello semejante. Yo sabía que un hombre me amaba, y procuraba corresponderle: pero necesitaba que ese hombre interesase mi inteligencia, que su deseo floreciese en palabras... ¡Y yo no le oía!... ¡Qué silencio siempre á mi alrededor!... Sólo escuchaba el ruido de sus pies, sobre la arena del jardín, y su respiración que se aceleraba según la presión de sus manos, era más fuerte... Hasta que, de súbito, su alma se acercó á la mía por el camino menos á propósito, por el más brutal, por el más ofensivo: el tacto: único camino que la naturaleza dejó entre nosotros. Yo hubiera deseado que su cariño fuese canción, promesa, rima... y no beso y... zarpazo... ¡Oh, qué iniciación tan triste!... (Llora).

C.—¡No eres feliz, Paulina!...

P.—No, del todo. ¿Para qué mentir?... De mi mal Miguel también sufre; muchas veces le oigo suspirar. Por medio del abecedario que domina como yo, me cuenta sus penas y me jura que daría sus ojos por poder hablar... ¡Ay!... Como yo, con tal de verle, me quedaría muda... Pero, ese modo de acercarnos, es tan débil, tan imper-



—Varelá de Seijas—

que me espanto todavía. Y, además del miedo, el silencio... ¡el horroroso silencio de aquel hombre!... Nosotros, los ciegos, somos los seres más espirituales de la humanidad, porque el amor es para nosotros palabra, canción. Nuestras almas empiezan á enamorarse exclusivamente del verbo, es decir, de la música de las otras almas. Yo imagino que en vosotros, los normales, el sentido de la vista hállase colocado, por lo que á la limpieza de la percepción respecta, entre el oído y el tacto. El tacto, que conoce la dureza, temperatura y pesantez de los cuerpos, es más material, más torpe, más rudo. La vista que, sin necesidad de tocar, aprecia las distancias, los contornos y eso que vosotros llamais «color», y que yo me represento como la epidermis ó superficie de las cosas, es, sin disputa, un sentido más delicado, más noble. Sin embargo, todavía es grosero, por que funciona esclavo de la línea, de lo corpóreo, de lo sujeto á peso y á medida. Mientras el oído, conformado está exclusivamente para recibir el sonido, que es vibración, movimiento, espíritu. Yo se lo he demostrado á mi marido después. Miguel se enamoró de mi cuerpo, antes que de mi alma, por que las almas interesan por su conversación, por su música y la música de la mía no llegaba á él.

C.—Tienes razón.

fecto, tan lento, tan frío... Y yo necesitaba oír su voz; la voz es para las almas, lo que para la carne es el fuego.

C.—¡Es verdad!

P.—Tú, Celia, que amas á tu marido, lo sabes como yo.

C.—Sí, Paulina...

P.—Es en la intimidad, ¿no es cierto?... y es en los momentos de lirismo nupcial, precisamente, cuando los hombres deben, por respeto á nosotras, hablar mejor... (Celia llora). ¿A qué vienen esas lágrimas, Celia?... (Con sorpresa). ¿Tú tampoco eres feliz?

C.—Tampoco.

P.—¿Por qué? Tú no eres ciega. ¿Entonces?

C.—No importa, no importa...

(Se abrazan sollozando).

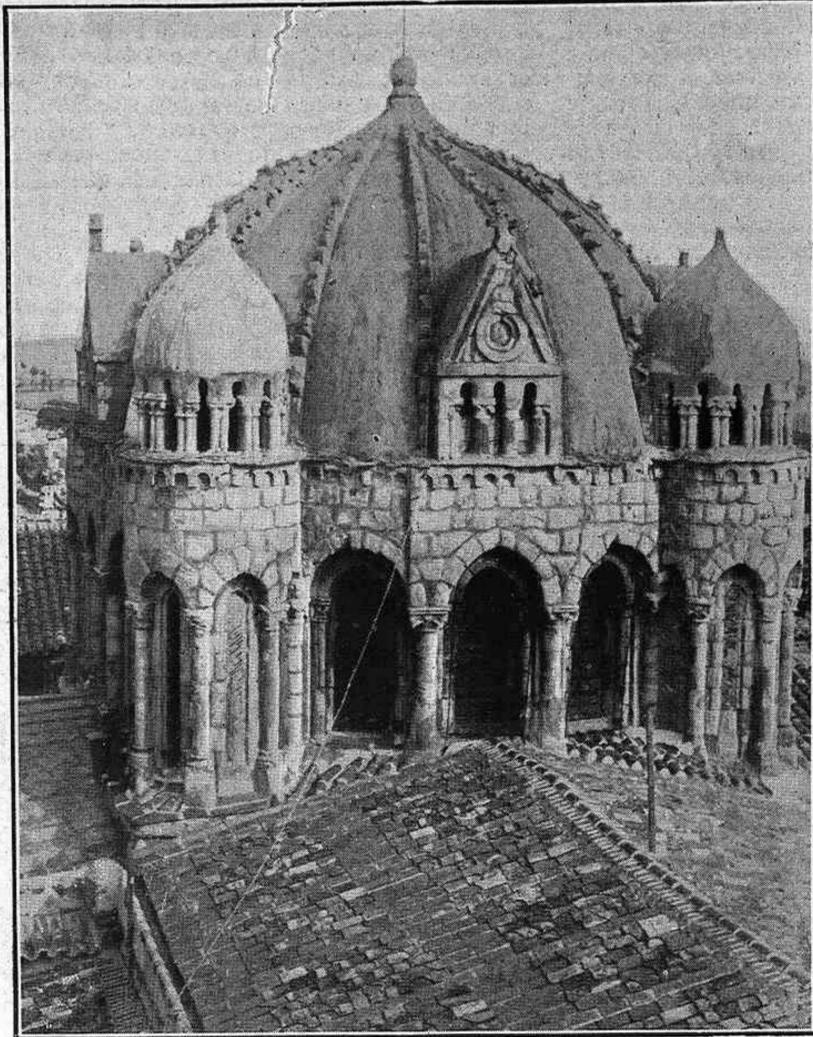
ooo

Lector: La tragedia de Paulina y de Miguel no debe sorprenderos: es la tuya, la mía, la de Celia; es el eterno drama que viste nuestra vida de luto. Observa á tu alrededor: hay almas que no hablan, aunque en sus gargantas haya voz; almas conoces que no ven, aunque en sus ojos haya luz...

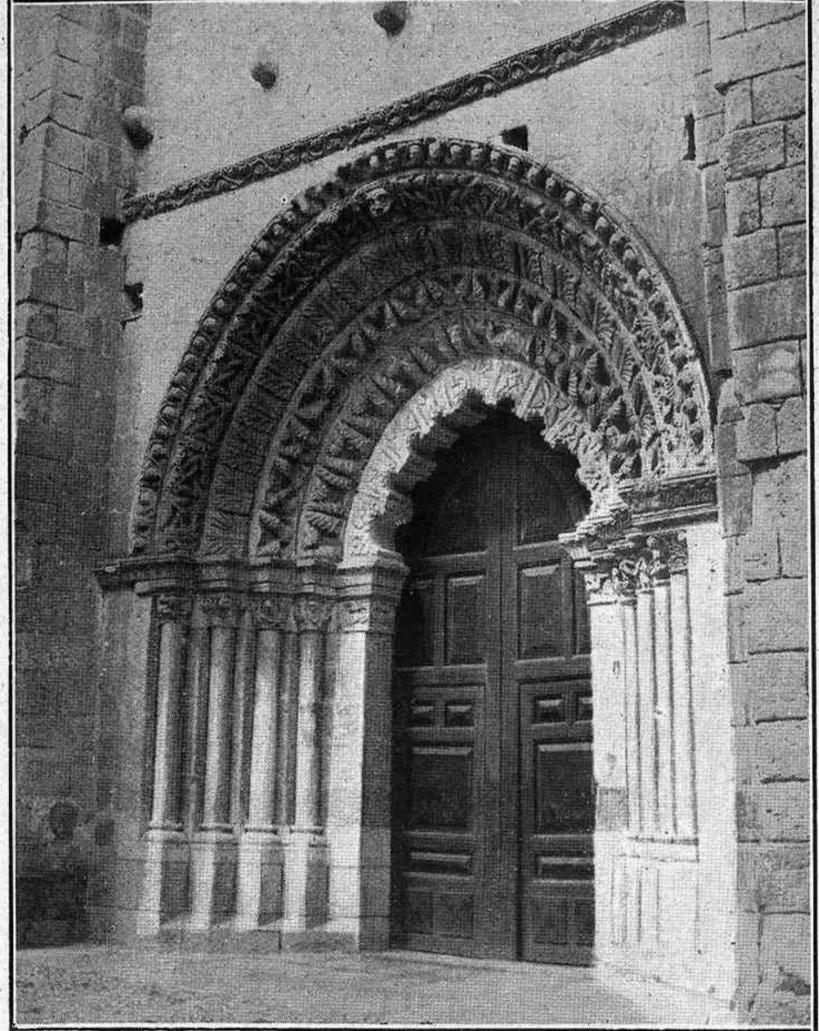
EDUARDO ZAMACOIS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS

ZAMORA ARTISTICA
DOS TEMPLOS ROMÁNICOS



Cúpula románica de la Catedral (siglo XII)



Puerta del Sur de la iglesia de la Magdalena

VAYAN por delante estas breves notas sobre dos templos románicos, muy notables, de Zamora; servirán de explicación á los gradados que publica LA ESFERA. Más adelante, pero muy pronto, hablaré con reposo, en estas mismas columnas, de la ciudad que baña el Duero, de Zamora, donde se reviven las viejas hazañas del Romancero y donde las piedras toscas y areniscas resucitan toda una gloriosa historia prerita de la más ilustre ciudad del viejo reino de León.

Contemplad estas fotografías de la estupenda Basílica zamorana. Fundóse la Iglesia en 1151, reinando D. Alfonso VII el Emperador. Consagróse la Catedral veintitrés años más tarde, siendo obispo Esteban. Estamos en pleno siglo XII. Años después un incendio destruye la Iglesia. Quedan el ábside románico-bizantino y la capilla mayor; todo lo demás se reedifica.

Describamos, brevemente, esta Iglesia. La parte antigua—que es la más interesante—tiene todos los caracteres de la época de transición de lo románico á lo ojival, no bien definidos, no bien caracterizados todavía. Pues de esa época es la Catedral de Zamora, el ejemplar más notable en España y acaso en Europa. El estilo románico campea ya con toda su lozanía; apunta levemente la gallardía, la delicadeza, la filigrana de la ojiva. Lne el crepúsculo de un arte con el alba naciente de otro, esta «perla del siglo XII», que dijo D. José María Cuadrado.

Tres naves tiene la Iglesia. Es la más alta la del centro. Las de los lados se sostienen en ramilletes de ligeras columnas apoyadas en rectángulos. Aparecen adornadas las enjutas de los plintos. Y son almenados los capiteles.

Sobre el crucero se alza la cúpula que parece un oriental ensueño. Se alza sobre las cuatro arcadas; la línea de arranque se eleva sobre el cierre de los arcos. Y lo cruzan nervios que se unen en la altura... ¿Esta cúpula es de luminosas tie-

rras de Asia? ¿Estamos junto al Bósforo? ¿Acabamos de perder de vista á Constantinopla?

Describamos, para concluir, la Puerta del Obispo, la portada románica más bonita que se conoce. Dejemos la palabra á Cuadrado: «Vese—escribe en sus *Recuerdos y bellezas de España*—sobre una escalinata, la pueria de plena cimbra, los cortos fustes cilíndricos, los capiteles de abultadas hojas... En los medios puntos de los arcos colaterales, resaltados relieves; á la derecha, la Virgen con el Niño Jesús en su regazo y adorado por dos ángeles; á la izquierda, dos figuras que representan sin duda á dos Apóstoles... Sobre dichos arcos, se abre una

estrella lobulada dentro de cuadrada moldura; sobre el ingreso corre una galería con cinco ventanas... Encierran esta portada dos anchas columnas de anchas estrías y capitel alminado, á cuya altura avanza la cornisa de arquería trilobada que continúa á lo largo de las naves, y en el remate se diseña, entre dos menores, un grande arco con una ventana en el centro.»

He aquí, brevemente, una impresión muy vaga de conjunto.

ooo

Otro templo románico, muy bonito, de Zamora, es el de Santa María Magdalena. Puede ser de los albores del siglo XIII. El templo es de planta rectangular. En ella se esboza un crucero y en éste se hallan encajados dos singulares baldaquinos.

Alta y estrecha es la nave; las columnas son muy altas; al ábside se penetra por un arco apuntado que arranca de dos altísimas columnas. Estupendo el hemisiciclo. Se cubre con una bóveda cortada por cuatro fortísimos nervios.

El exterior, con todo, es más bello. El crucero apenas se acusa. La puerta del Sur es otro ejemplar maravilloso del arte románico.

Tiene cinco bellísimas arquivoltas sobre capiteles acabados. Algunos de estos capiteles son en la portada vegetales; en otros aparecen decoraciones muy extrañas. Son animales monstruosos con cabeza humana á ratos, con cabeza de dragón otras, en postura violenta, terminando la figura—escribe el peritísimo Paco Antón, que ha estudiado en una linda monografía esta Iglesia—«en una larga cola que se toma en cuello largo con una cabeza humana y esta cola-cuello se trenza con otra de otro monstruo igual.»

Las otras puertas son inferiores... Mas no concluye en esta Iglesia la riqueza románica de Zamora. Hemos de volver á ocuparnos de estas Iglesias con mayor holgura.

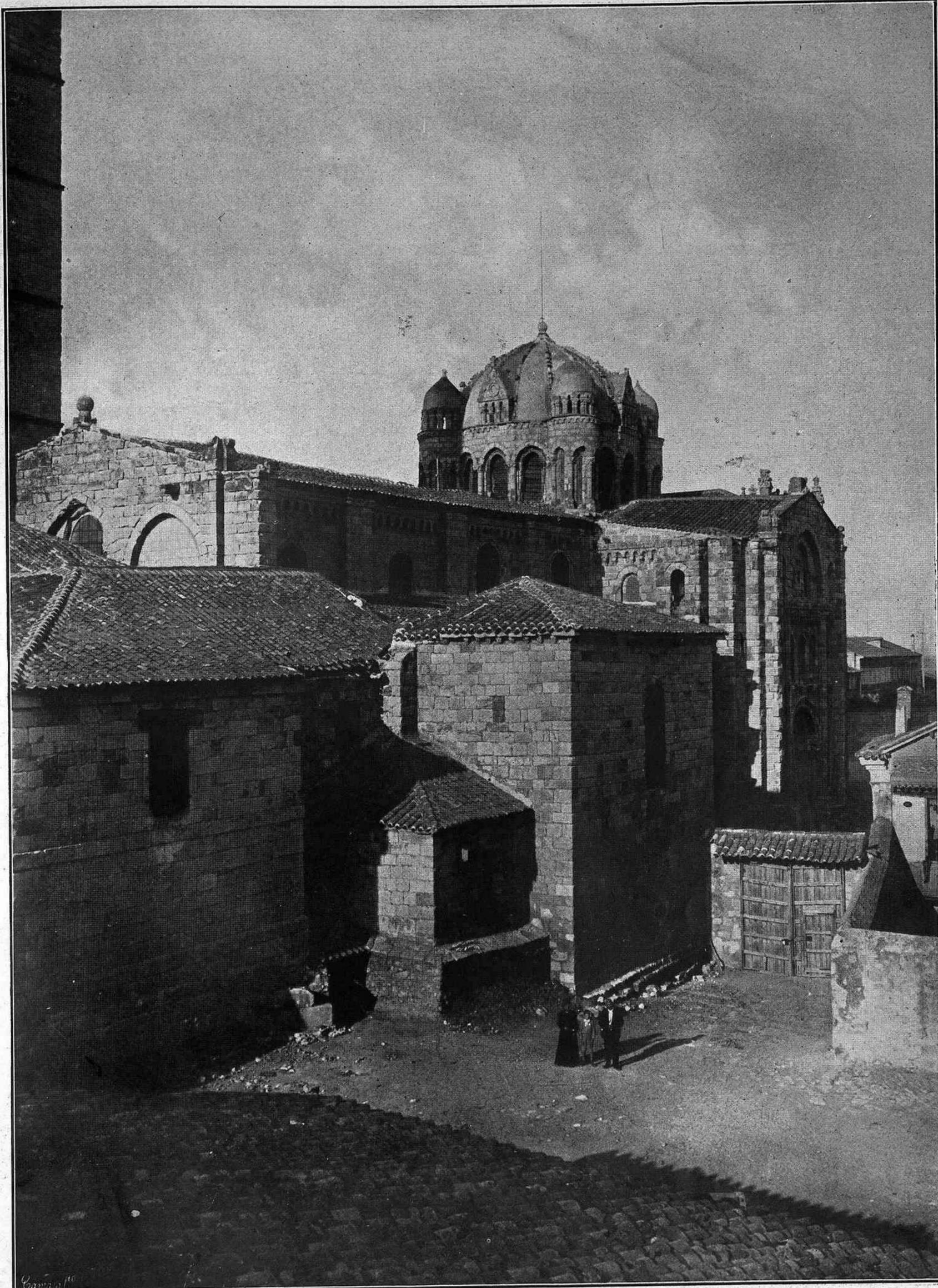
José SÁNCHEZ ROJAS



Sepulcro del templo de la Magdalena

FOTS. DE LA COMISIÓN DE MONUMENTOS

ESPAÑA MONUMENTAL



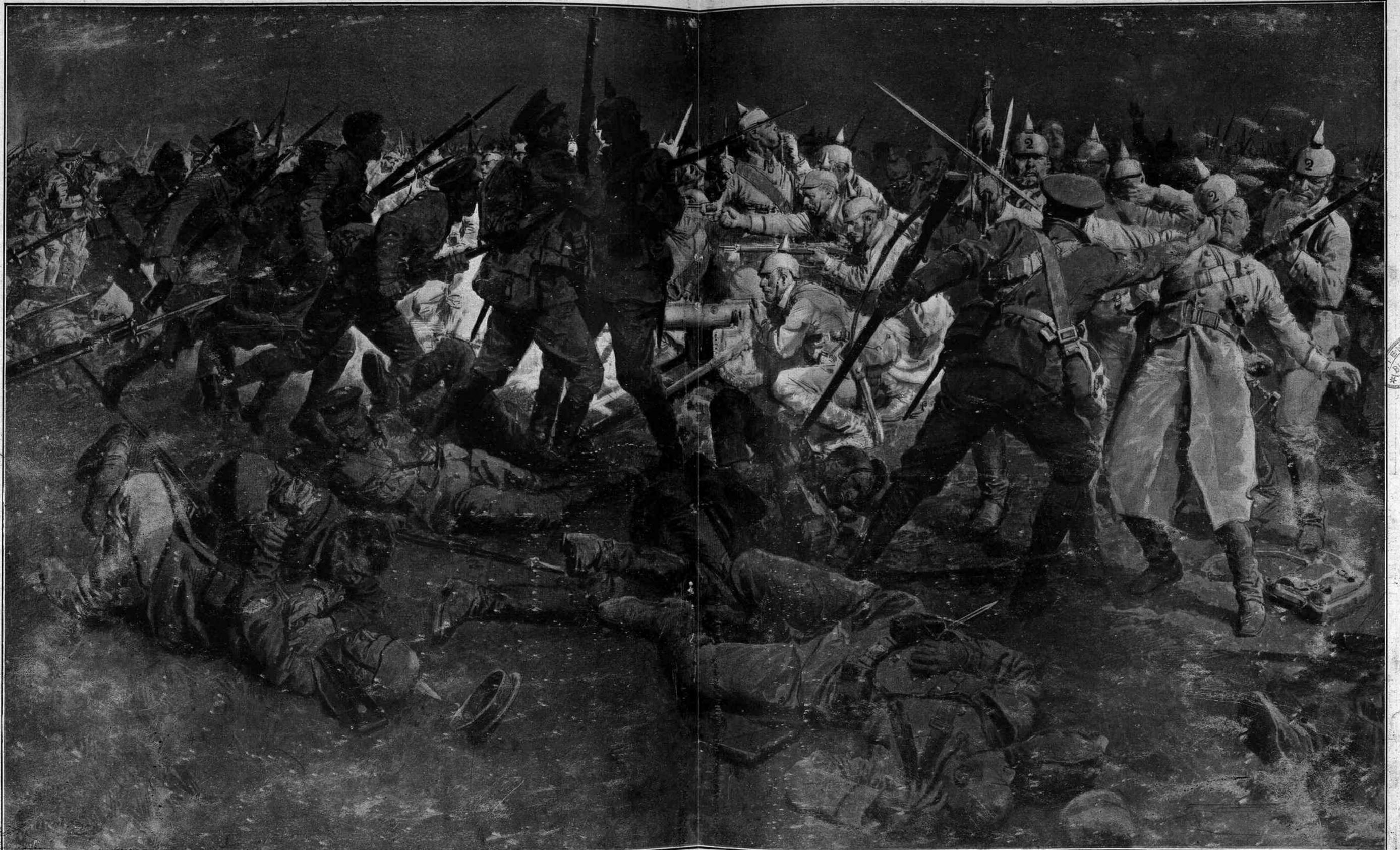
VISTA DE LA CATEDRAL DE ZAMORA, QUE FUNDÓ EN 1151 EL REY ALFONSO VII Y QUE ES UNO DE LOS MONUMENTOS MÁS NOTABLES DE ESPAÑA

FOT. DE LA COMISIÓN DE MONUMENTOS

GENEO
BIBLIOT
M A

MADRID

EL ÚLTIMO EPISODIO DE LA SANGRIENTA BATALLA DE YPRÉS

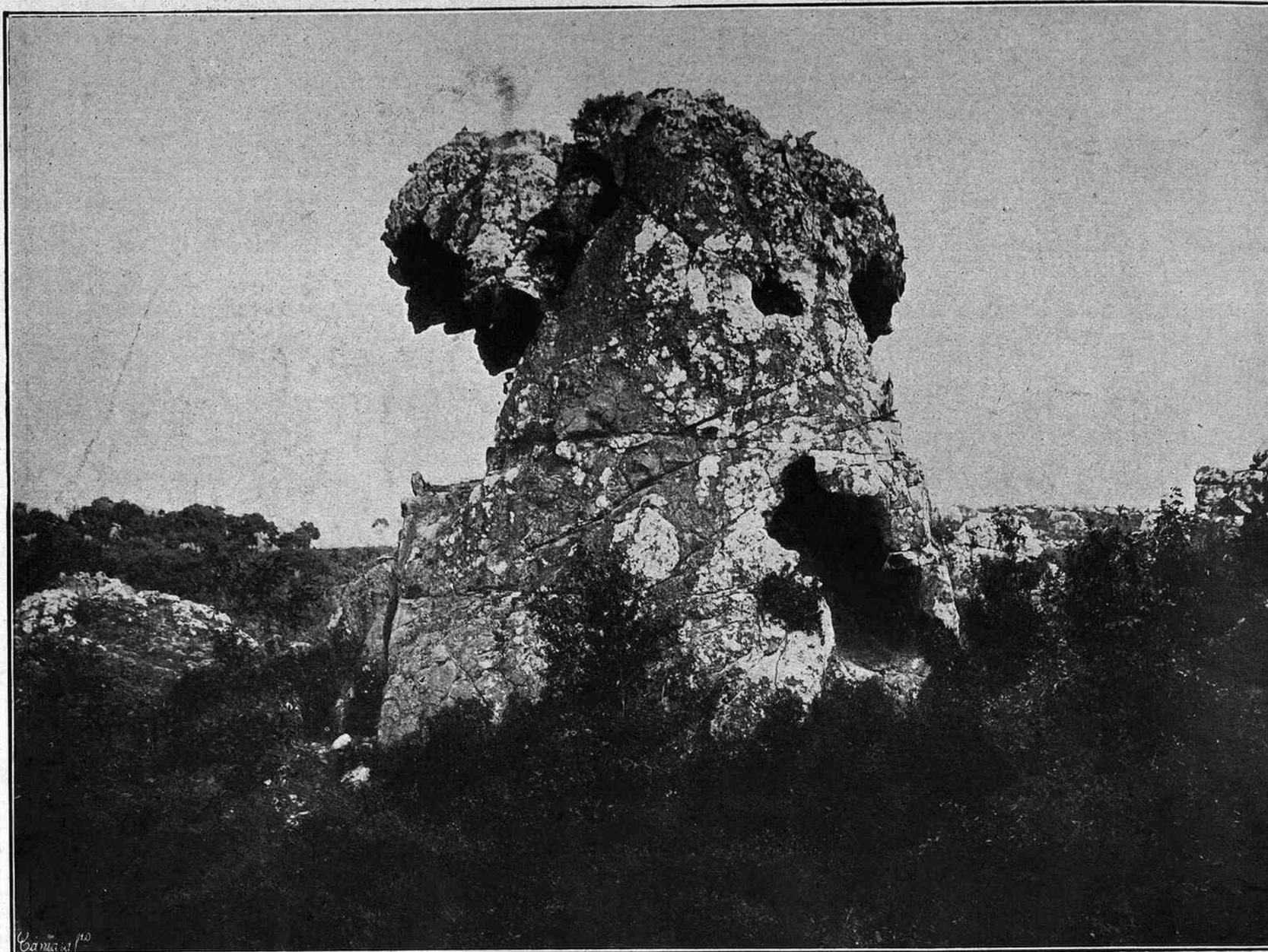


ESTUDIO DE
BARRERA
MADRID

MADRID

SORPRESA NOCTURNA DE LAS LINEAS FRANCO-INGLESAS EN ZONNEBEKE POR LAS TROPAS ALEMANAS, AL INTENTAR ENVOLVER LA EXTREMA IZQUIERDA DE LOS ALIADOS Dibujo de Matania

LOS CAPRICHOS DE LA NATURALEZA



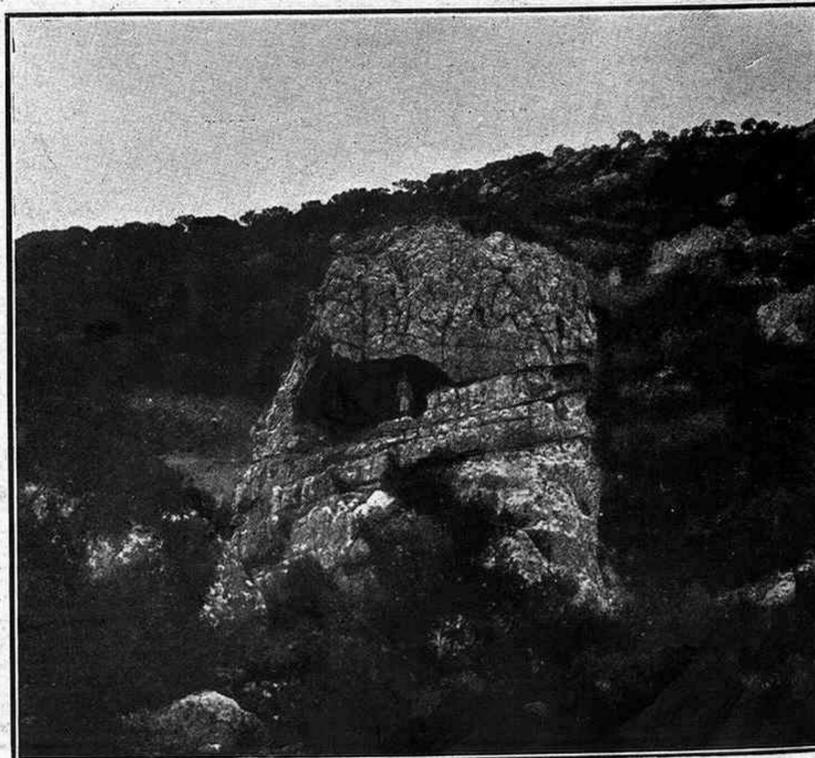
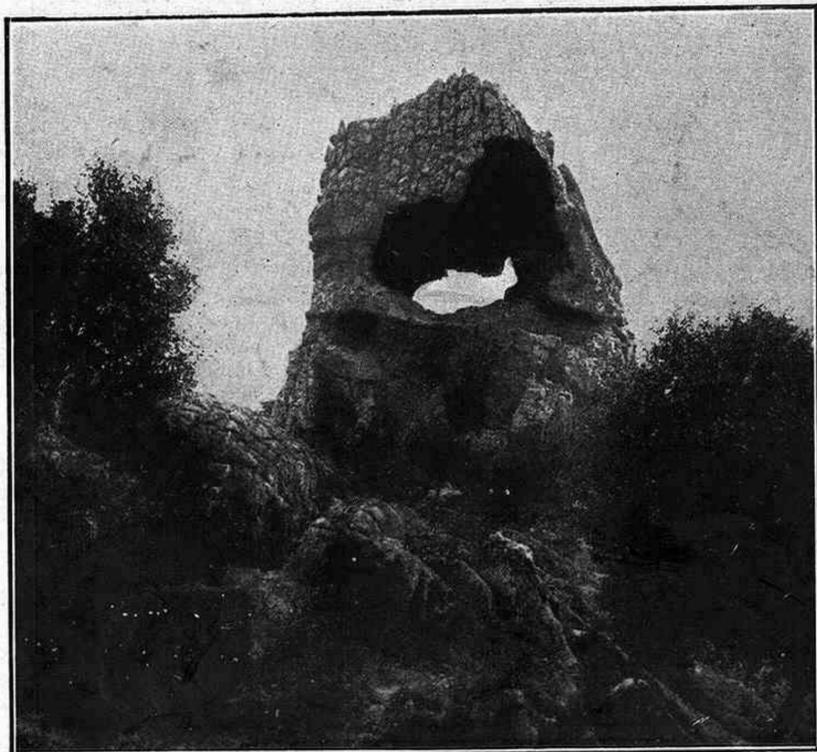
La famosa piedra denominada "El Chocolatero", que existe en término de los Barrios (Cádiz)

EN el término municipal de Los Barrios, provincia de Cádiz, y á unas dos leguas del pueblo, siguiendo la pintoresca y bella carretera, un curioso capricho de la Naturaleza atrae la atención del viajero. Es en el sitio llamado Valdeinfierno, con el que se relaciona una tradición de lejanos tiempos de moros. Allí rompe la serenidad luminosa del paisaje la oscura

mancha de una roca de líneas quebradas y ariscas.

Llámala el pueblo, con ese seguro instinto que posee para denominar las cosas que hieren vivamente su imaginación, *El Chocolatero*. Por su extraña estructura, y contemplándola bajo diversas perspectivas, ofrece aspectos y formas á cual más diferentes y fantásticos, sobre todo si

surge ante el viandante en una noche de luna. En rigor, no es sino un enorme canto rodado sobre el que los elementos han ejercido durante millares de años su acción erosiva, cincelando la piedra con esa suprema é inimitable gracia que pone en sus obras la Naturaleza. Es una curiosidad de la provincia de Cádiz tan digna de verse, como poco conocida del turista.



"El Chocolatero" tomado de diferentes puntos de vista

FOTS. A. RIQUELME

mujer admirable, Florencia Nightingale, exaltada como la visión del cuadro de Puvis de Chavannes, reuniera médicos, recogiera material de curas y transportes, organizara legiones de camilleros y enfermeras. Allí, ante aquel cuadro desolador, surgió la idea de crear una asociación internacional de caridad para las horas de la guerra, en la mente de Juan Dunant, diplomático, escritor, acaudalado aristócrata que gasta su fortuna en propagar este nuevo apostolado, y al cabo de sus años tiene que vivir de la caridad de la emperatriz rusa y recluírse para esperar la muerte en un asilo.

Sin el sacrificio de este hombre la Cruz Roja de los cristianos, la Media Luna Roja de los mahometanos, las Aspas Rojas de los budistas, no existirían. Fué preciso que los gobiernos y los Estados Mayores de todas las naciones, una á una, se fuesen convenciendo de que hasta en la guerra, hasta en las líneas de fuego donde se destrozan los hombres fieramente, debe ir el espíritu de solidaridad humana y de caridad, salvando las vidas que sea posible salvar, calmando los dolores de los que sufren, consolando la agonía de los que mueren.

Y surge aquí otra paradoja. A Dunant, se le concedió en 1901 el premio Nobel de la Paz. Nobel fué el inventor de la dinamita, principio y base de tantos progresos en el arte de matar hombres, y Dunant, que en sus postreros años

recibe algún dinero de las ventas amasadas con el formidable explosivo, tampoco fué un hacedor de pacifismo. Su libro *Fraternidad y Caridad internacionales en tiempo de guerra*, es el germen de la reglamentación del dolor y de la crueldad.

Los diplomáticos y los políticos y los gue-

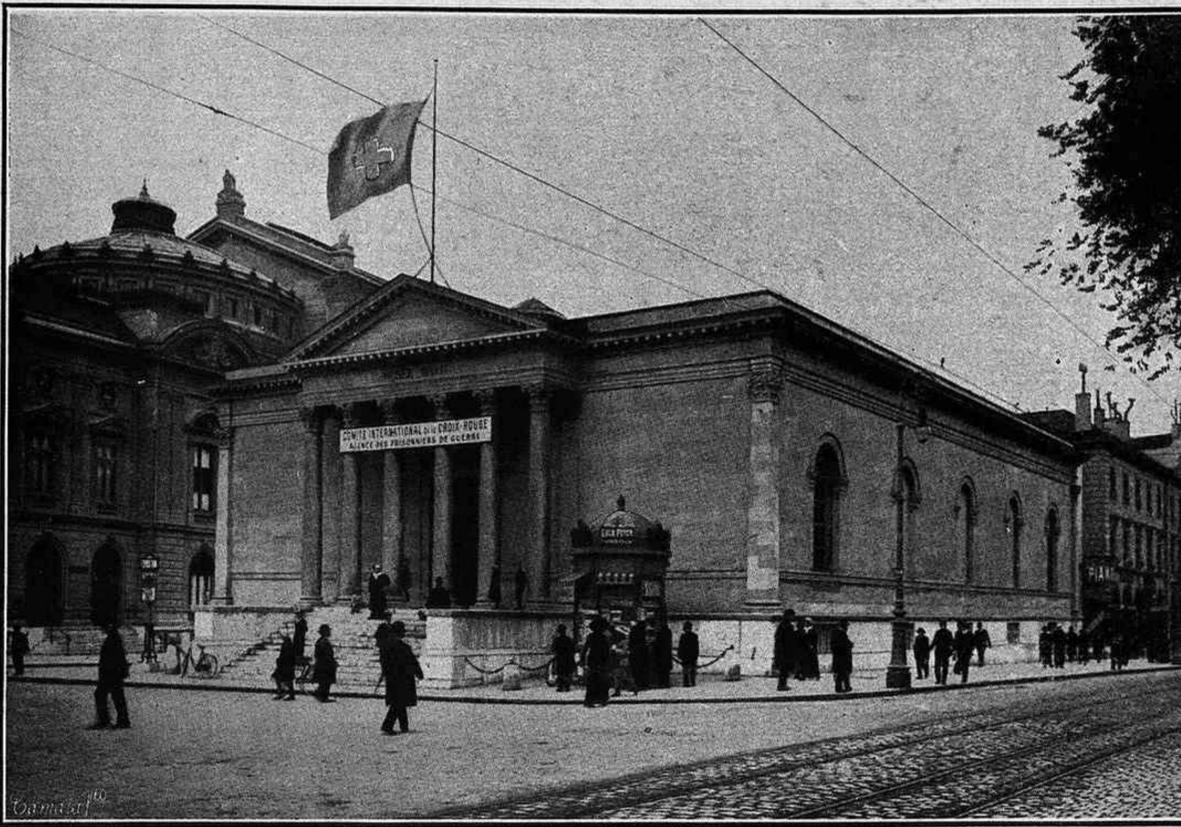
mente á los heridos... para volver á llevarlos al combate».

Sin embargo de esta ficción humanitaria, que permite que las sociedades cristianas puedan sostener la necesidad humana de la guerra sobre el mandato divino, que no puede ser más claro y terminante, la obra realizada por la Cruz

Roja es admirable. Es ante todo, una obra de previsión y de organización. Cuando ha estallado la guerra actual, las secciones prusianas de damas de esta Institución poseían un capital de veinte millones de marcos y podían movilizar más de trescientas mil mujeres dispuestas á convertirse en enfermeras.

En Francia la Cruz Roja ha podido concentrar y organizar en los primeros días de la contienda, los esfuerzos de cuantos han querido contribuir con su dinero ó su trabajo al cuidado de los heridos. La Sanidad Militar tiene sus mejores cooperadores en estos voluntarios de la caridad, que no son responsables de la guerra, ni han podido evitarla con su protesta.

De Inglaterra, de los Estados Unidos, del Canadá, han acudido á los lugares de la guerra y á los hospitales de sangre legiones de mujeres. Pero todo esto, que es exaltación patriótica, que es espíritu de sacrificio, que es vocación de caridad, no autoriza á los guaidores de las naciones á hablar de la humanización de la guerra. Son términos contradictorios, que se repelen, que se odian.



Edificio central de la Cruz Roja en Génova (¿Ginebra?) ¡oh!

rreros han hecho una pequeña modificación en los Mandamientos de la Ley de Dios. Jehová dijo: «No matarás». Jesucristo repitió: «No matarás», y los gobernantes, escuchando las misericordiosas propagandas de Dunant, corrigieron: «No matarás con *dundun*». «No matarás con gases asfixiantes». Y hasta en un colmo de generosidad, agregaron: «Y curarás apresurada-



Una sección de la Cruz Roja inglesa dispuesta para salir al campo de batalla





Ambulancia de la Cruz Roja belga en Pervyse, dirigida por las Hermanas de San Vicente de Paul

Acaso, estén en lo cierto los que creen que la guerra es una necesidad á la que la Humanidad vive y vivirá sujeta y que sin ella el progreso se paralizaría, como la lucha de todos los elementos es una necesidad de vida para la Naturaleza. Pero entonces, no se deje que los ideólogos engañemos á las gentes; no hablemos de pacifismo ni de humanización de la guerra. Enseñemos á nuestros hijos que se nace para luchar y para vencer; amurallemos con bloques de egoísmo sus corazones; borremos de nuestros idiomas las tiernas palabras que expresan sentimientos de dulzura y amor al prójimo; fortifiquemos sus músculos y convencámoslos de que por encima del Derecho y la Justicia, está la Fuerza, arrolladora y ciega, que no mira nunca atrás ni se entera del daño que hace; resucitemos las edades bárba-

ras; reorganicemos la esclavitud; seamos duros, seamos crueles, y si alguna vez el *væ victis* romano vuelve á ser avasallado y borrado por un resurgimiento de espiritualidad y bondad en el entendimiento humano, las generaciones que gocen esa era de paz, nos tendrán por bárbaros y entenderán que una necesidad de la vida nos tuvo sometidos á esa *ley*, pero no nos juzgarán hipócritas y fariseos, capaces de tener en los labios el nombre de Dios, y en nuestros aceros asesinos el espíritu de Satanás. ¡Cruz Roja! Roja fué,

como teñida desangre, la cruz en que Cristo agonizara; roja fué, como iluminada por fulgor del cielo, la cruz que al Emperador Constantino hiciera mudar los destinos de Europa; roja la cruz con que Pedro el Ermitaño soliviantara á la cristiandad para arrastrarla á la liberación de Palestina; roja la cruz en Lepanto... como si el Bien y el Mal fueran inseparables é indisolubles en el corazón del hombre; ¡y es que ese brazal simbólico en que la Cruz Roja aparece y que hoy mueve á tantos hombres y mujeres á ser buenos, á amparar heridos y consolar agonizantes, es como un resumen de la historia y la más alta expresión de la condición humana, que, al cabo, á todos nos parece lícito hacer el mal, y loable repararlo con generosidad!

DIONISIO PÉREZ



Damas de la Cruz Roja francesa, vendedoras de tarjetas postales



Oficinas del Comité Internacional de la Cruz Roja, en Génova.—El primero de la izquierda el presidente del Comité, M. Gustavo Ador.



Señorita francesa, de la Cruz Roja, asistiendo á un herido



J. ALMELA

LA PARTIDA DE LOS EMIGRANTES



En la plaza de la villa
el coche alcoyano espera;
gente rústica y sencilla
en su redor se aglomera;
una mujer que en la acera,
traspasada de dolor,
junto á mí llorando está,
me dice: ¡Lloro, señor,
por que el hijo de mi amor
hoy se marcha al Canadá;
sola quedo,
y no se fué todavía
cuando ya me asalta el miedo
de vivir en la agonía!...»
Fué mi respuesta un profundo
silencio de gran pesar...
¡Cuántos fueron á buscar
la riqueza al Nuevo Mundo
y no pudieron tornar!...
Ya faltan breves instantes;
son más hondos los lamentos;
en vano los emigrantes
quieren mostrarse contentos...
La Aurora, en carro triunfal,
asómase al ventanal
de oro y grana del Oriente;
coge el látigo el zagal
y se retira la gente...
La madre llorando queda,

en tanto el coche de prisa
por la angosta calle rueda;
la campana toca á misa,
más triste aquella mañana
en toques desgarradores...
¡Ay, se van los labradores
de la tierra valenciana!
Los rústicos emigrantes
contemplan por vez postrera
los huertos, donde fragantes
dan su flor de primavera
los naranjos... ¡Ay, los miran
y suspiran!
Y allá por la carretera,
entre aromosos vergeles,
va el coche, en marcha ligera,
al son de los cascabeles.
Aquel mozo de mirada
enérgica y faz tostada
por las caricias del sol,
en que se ve retratada
la audacia del español,
canta con voz plañidera
una canción de esperanza
que en los huertos aprendiera,
la canción de la labranza,
y también la de la trilla,
grata música sencilla,
melancólica y moruna,

que suena cuando la luna
en el alto cielo brilla
y están las eras colmadas
del arroz que sus hermanos
arrancan de los pantanos
en fatigosas jornadas.

ooo

Nunca más limpia la Aurora
se presenta...
Para el coche en una venta;
la triste ventera llora;
se adivina
por qué llorando ella está:
tiene un hijo en la Argentina
y el pequeño se le va
en pos de anhelada suerte,
quizá en busca de la muerte,
al lejano Canadá.
«¡Arre, Moro! ¡Arre, Lucero!»
grita de pronto el cochero,
y al resonar de la tralla,
que igual que un disparo estalla,
el coche parte ligero
por la parda carretera,
mientras la pobre ventera
gime en brazos del ventero...

FRANCISCO DE IRACHETA



LA PAZ DEL CAMPO

EN la eterna lozanía de la Naturaleza ninguna escena pasa, por fortuna, de moda; ninguna hora ve agotado el tesoro de su poesía.

La ciudad se estremece y delira secuestrada por la fiebre de la renovación; el hombre busca su alma, casi inclinado á anunciar tan lamentable pérdida en la última plana de los periódicos; el humo oculta el cielo y borra las estrellas, que para nada influyen en la solución de los negocios; la religión, el amor, la muerte se industrializan; y, en las edificaciones petulantes de ocho pisos, el ciudadano, viendo la parvedad de su vivienda, reconoce que el pulmón es una víscera demasiado exigente, cuya tiranía debe regularse mediante el oportuno proyecto de ley.

En consecuencia, y como el campo no se falsifica aún bastante bien, el campo adquiere cada día mayor crédito. El vientecillo balsámico no es producto de industria humana; el sol dora las nubes sin reclamar un céntimo; las claras fuentes corren á su antojo, libres de la férula municipal; las montañas son auténticas; el árbol está siempre, sin saber palabra de pintura, «colocado» bien; por las noches, el cielo celebra sus fastuosas veladas siderales, y no paga contribución. Nada importa que la ciudad, en conjunto, aborrezca al campo; todavía muchos misántropos, muchos soñadores y muchos sanos acuden á él, porque si toda concejalía puede ser una ventaja, toda veredita es, positivamente, una compensación.

El progreso y la naturaleza combaten sanudamente, como dos extensísimos y formidables cuerpos de ejército. Acontece lo de estos días amargos: que mientras en el ala derecha se avanza, en la izquierda se retrocede. El resultado de esta gran batalla que data de muchos siglos, no es dudoso; pero, entretanto la Superioridad lo decide, el teléfono desafia vanidoso, al rayo, y un cañaverol, movido por el viento, reta á la Antología más lírica. Los personajes de Queiroz, Jacinto Galión y José Fernández, seguirán ¿hasta cuándo? discutiendo.

—«¿De qué sirve—repite el hombre de la ciudad—entre plantas y frutos ser un Genio ó un Santo? Las mieses no comprenden las *Geórgi-*

cas; y fueron precisos el socorro solícito de Dios y la inversión de todas las leyes naturales y un violento milagro, para que el lobo de Agubio no devorase á San Francisco de Asís que le sonreía y le tendía los brazos llamándole «hermano Lobo»...

A lo que el enemigo del «mundanal ruido» opone:

—«¿Cómo ha de quedar alegría en la ciudad para los millones de seres que se encorvan en la torturadora ocupación de *desear*, y que no satisfaciendo nunca su deseo padecen incesantemente desilusiones, desesperaciones ó derrotas? Los sentimientos más genuinamente humanos se deshumanizan en la ciudad...»

ooo

Gedeón sale á dar un paseo. Alejado de las calles polvorientas, del hedor de la gasolina, de los codazos de los transeuntes, en la paz sedante del Prado ó del otero, exclama atribuladísimo: —«¡Oh! ¿Por qué no se edifican las ciudades en el campo?»

Gedeón llora una desgracia eterna. ¿Qué le importa ir al teatro todos los sábados por la noche? ¿Qué el tener un empleo fijo? ¿Qué pasar quince días, anualmente, en cualquier rincón ameno de Asturias ó Cantabria?

Desde la ventanilla del vagón, cuando va al Guadarrama ó á Aranjuez; las mismas tardes dominicales, si se aleja un tanto de la Corte, admira, saborea el hechizo del campo siempre mozo, bien le agrise el esfumino del invierno ó le transfigure la acuarela de la primavera...

Innúmeros hombres comparten las melancolías cortesanías y alborozos agrarios de Gedeón. La Naturaleza es inagotable. Engendra y pare sin esfuerzo, en fiesta perenne. Desconoce lo «cursi», que es la langosta, la filoxera, el pulgón de los hogares. Las escenas bucólicas, con tener tanta longevidad, parecen improvisadas. El crepúsculo, millones de veces cantado, es la canción maestra; infinitas veces pintado, es la pintura genial. Desde Ruysdael, Hobbema y Claudio Lorena, hasta Corot, Millet y los modernos, sutiles intérpretes del paisaje, la montaña, el bos-

que, el valle y la cañada opondrán su hermosura á la enciclopedia y el tresillo, á la retórica y la emulsión...

ooo

Los madrileños ¿aman el campo?

Cálidos sonrojos cuesta contestar negativamente; pero así es. Y no vale alegar que los alrededores de la Corte son míseros y tristes, cuando desde el Paseo de Rosales se ve ese paisaje magnífico, amplio y solemne, que la sierra del Guadarrama limita.

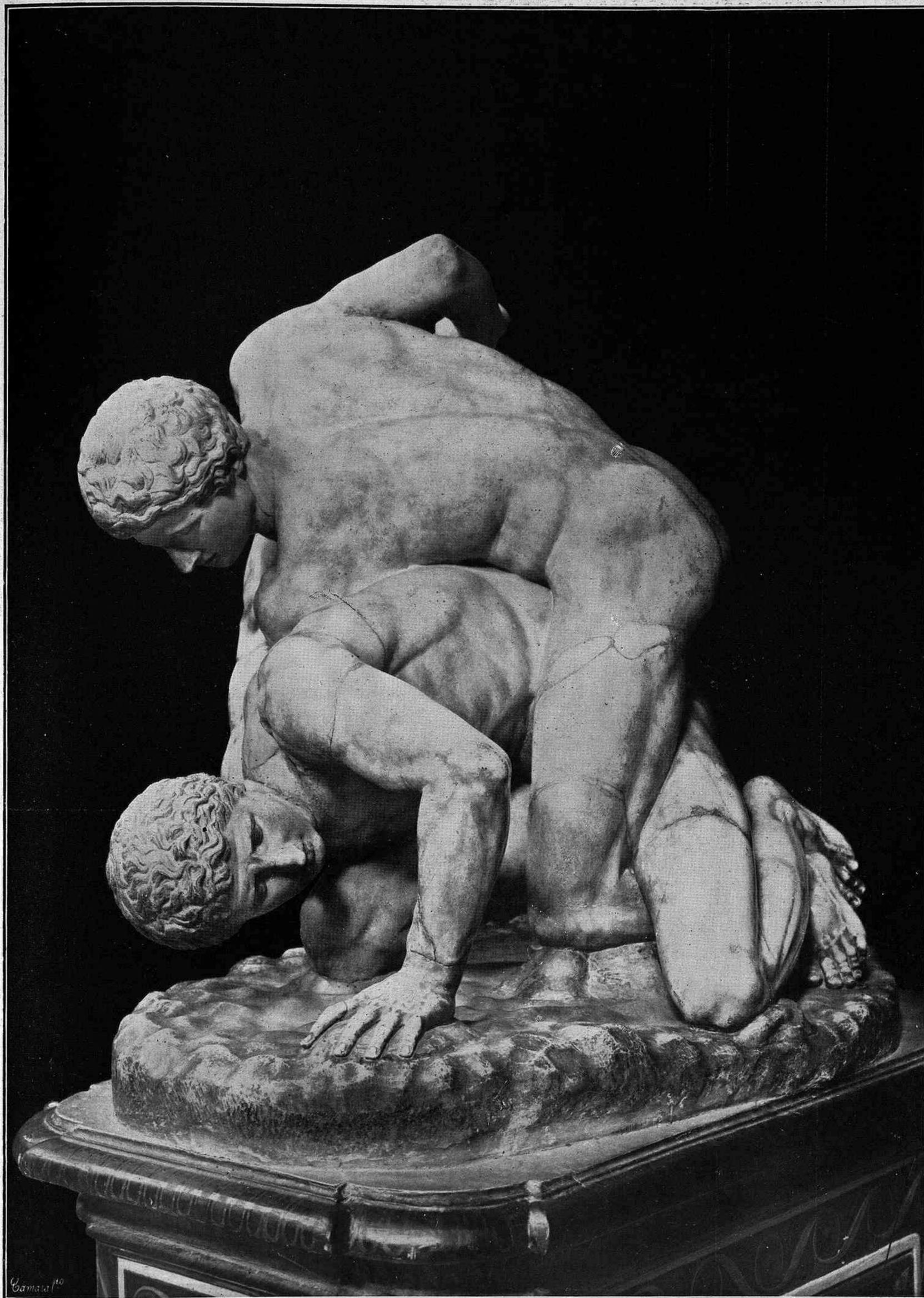
El madrileño acude al campo excepcional ó rutinariamente. Para ello ha de tener automóvil, —y no pasa, á menudo, de la Cuesta de las Perdices, ó pensar en la zambra—y entonces se queda en Puerta de Hierro, por San Eugenio. Concédele ciertas propiedades aperitivas en virtud de las cuales se deja rendir por el sotillo, siempre que intervenga la merendona. Dejar sola al alma entre las brisas, los regajos y los árboles, le aterra. Preciso es, previsivamente, contar con el estómago.

Las excepciones son mantenidas por los novios. Y aún así, la soledad del pinar encuentra obstinada competidora en la tiniebla del cine. Amor quiere estar solo, y no anda equivocado; pero tanto le da el agreste apartamiento como la película dramática. Ello es que las mismas rinconadas de la Moncloa, donde se respira tan gustosamente, suelen estar desiertas y olvidadas.

Y, sin embargo, nadie niega la fuerza emocional del campo. Todos saben que un paisaje cualquiera es un estado de alma, claro espejo de nuestras impresiones. La pareja de novios que al comenzar la tarde, á plena luz, pensaba epicúreamente, cuando el crepúsculo la sorprende estrechándose las manos, siente una penetrante melancolía saludable. Las consabidas esquilas del rebaño que pasa, bajo la dulcedumbre del consabido cielo dorado, suenan siempre bien. Si fuera posible, debía subvencionarse á esta hora campesina que hace romántica á una zafia, y á un rebelde, manso de corazón.

E. RAMÍREZ ANGEL

LA ESCULTURA CLASICA



ATELIER DE
BIBLIOTECA
MADRID

LOS LUCHADORES

Célebre grupo, de admirable pureza clásica, que se conserva en la galería "de los oficios" de Florencia

LA VIDA ARTÍSTICA
UN PAISAJE, UNOS RETRATOS Y UNA CARICATURA



“La tempestad”, cuadro de Juan A. Gómez Alarcón

BIEN extraño, á fe mía, es el maridaje de un paisajista, de un pintor de señoriles y bellas decadencias contemporáneas y de un caricaturista que vuelve la mirada hacia las modernas simplificaciones y estilizaciones de los humoristas germánicos.

Pero tal como las ha reunido la caprichosa casualidad, se destacan y aislan por sus obras mismas, por sus temperamentos tan distintos y por sus orientaciones estéticas, tan opuestas.

El paisajista es Juan Angel Gómez Alarcón; el pintor de retratos, Federico Beltrán Massés, y el caricaturista, Manuel Reyes.

Los dos últimos celebran sendas exposiciones en Barcelona y Las Palmas, respectivamente. El primero ha pintado, por encargo de la Diputación de Albacete, el admirable paisaje reproducido en estas páginas.

Comentemos, brevemente, la personalidad y la obra de cada uno de los tres artistas.

□□□

Juan Angel Gómez Alarcón es, quizá, el primer paisajista de la juventud española contemporánea. Dotado de una sensibilidad extraordinaria y pronta á vibrar ante las más opuestas emociones, tiene, además, un austero y algo huraño respeto á su arte.

Paso á paso hemos ido siguiéndole á lo largo de su camino, sembrado de laureles, y ni una sola vez, siquiera, le hemos visto vacilar ó retroceder, desorientado. Siempre, incluso en los años mozos, tan fáciles á los deslumbramientos y ajenas influencias, le hemos visto confiado en sí mismo, afianzándose en su credo estético, no dejándose vencer por malasanas abdicaciones.

Y así, honradamente, noblemente, limpio de camaraderías y de combinaciones inconfesables, ob-

tuvo tercera medalla en la Exposición Nacional de 1908; segunda medalla, en la de 1910, y adquirió el Estado un lienzo suyo que es una de las obras maestras del Museo de Arte Moderno.

Harto difícil sería encasillar el arte de Gómez Alarcón. Sólo el amor al natural y á la verdad tienen de común todas sus obras; porque sabe hacer que su temperamento y su técnica se entreguen incondicionales (pero con toda su innegable maestría) á las más opuestas sensaciones del paisaje.

En esto no desmiente la filiación de su maestro Muñoz Degrain. Acaso, sin darse cuenta, siente en su alma el mismo incurable romanticismo que el autor del *Día de lluvia en Granada*; acaso como el carácter altivo y hosco del gran paisajista, el carácter de Gómez Alarcón se ha fortalecido frente á la estupidez y blandenguería ajenas.



FEDERICO BELTRAN



MANUEL REYES

Porque así de recia y de altiva es su pintura que, incluso en los lienzos de melancolía, sabe conservar la virilidad de la raza y no prostituye de sensiblería sus exaltaciones sentimentales.

Este último cuadro, *La tempestad*, destinado á la Diputación de Albacete, es la obra más reciente de Gómez de Alarcón y tal vez una de las más justas y acertadas que han salido de sus pinceles.

¡Qué augusta y sugestionadora grandeza ha conseguido el ilustre paisajista en la expresión del momento! Todo en el cuadro—los árboles encorvados por el viento, el arroyuelo desbordado, la tierra anegada—responde al dominio terrible del cielo enfurecido. Cae la lluvia impetuosa y nutrida y sobre ella, en bruscos desgarrones de luz, entre las nubes sombrías é hinchadas, hay tal pasmosa realidad de visión que se adivina el tableteo de los truenos...

Pocos, muy pocos paisajistas contemporáneos, podrían dar con tal maestría y tal honradez técnica, la sensación palpitante, viva, de *La tormenta*. Es preciso para ello haberse consagrado por entero—cerrando los oídos á las lisonjas y á los reproches—á su arte, como ha hecho Juan Angel Gómez Alarcón, que en plena juventud pose una de las reputaciones más sólidas de la pintura española contemporánea.

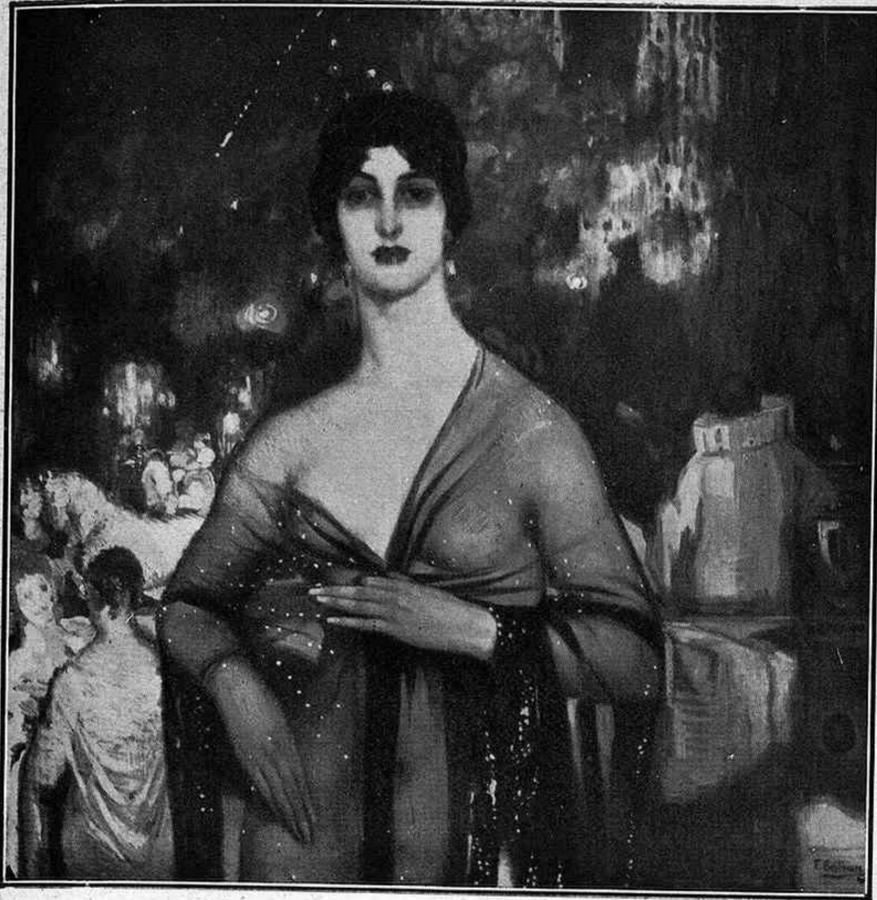
□□□

Federico Beltrán Massés, que está en la plenitud de sus facultades artísticas, expone actualmente sesenta y tres cuadros en el Salón Parés de Barcelona.

No se trata, por ende, de uno de esos tanteos y exhibiciones preliminares en que el artista busca una orientación y ofrece aspectos aislados y sin cuajar aún.

No. Esta manifestación exuberante, este alarde





"Retrato de mujer", por F. Beltrán



"Fruta de Otoño", cuadro de F. Beltrán

de fecundidad, no se hace más que estando ya cristalizada la personalidad, afianzado el criterio, y seguro contra posibles cambios, el artista. Por eso son de un interés extraordinario, para el crítico, estas exposiciones, como la reciente de Beltrán Massés, en el Salón Parés de Barcelona.

Ha reunido el autor los lienzos que pudiéramos llamar «de transición», y los ya decisivos que acusan en toda su pureza distinguidísima y refinada, la característica elegancia del artista.

Beltrán Massés ha procedido de un modo equilibrado, laudable, en su evolución estética. Primero se preocupó sólo de lo que pudiéramos llamar el *oficio*, si esta palabra española respondiera exactamente a la francesa *métier*. Es decir, se preocupó sólo de dibujar lo mejor posible, de resolver problemas y acordes, de *encajar* bien las figuras y de obtener relaciones y valoraciones exactas.

Lo *otro* vendría después. Todo lo perdurable, lo que tiene derecho a la eternidad, no llega nunca en la primera juventud.

Entre aquellos paisajes y tipos de los *Picos de Europa*, que Beltrán Massés expuso en Madrid hace cinco años y los desnudos admirables, los retratos tan señoriles que pinta ahora, existe la enorme distancia de los ensayos al acierto rotundo.

Bien hubiéramos querido reproducir, en estas páginas, lo más característico, lo más representativo del arte exquisito y sensual de Beltrán Massés.

No es posible desgraciadamente. En España—aunque geográficamente pertenecemos a Europa—todavía confunde la mayoría de la gente un desnudo artístico con un dibujo pornográfico.

Este sentido, tan agudizado, que tiene Beltrán Massés de la belleza femenina, esta lánguida voluptuosidad de hombre del Renacimiento, que pone en sus cuadros, la expresan por pasmoso modo los desnudos *Canción de Bilitis*, *Intimidad*, *La Miravella* y, sobre todo, *El primogénito*, donde no asoma tanto el «desvanecido impreciso» de Maurice Denis (que tanto influye sobre los modernos artistas catalanes) y que, en cambio, es una obra de gran pintor, que muy pocos se

atreverían a imaginar y menos todavía a realizar. Tampoco puede el lector darse cuenta exacta del arte de Beltrán Massés, viendo reproducidos en negro los cuadros de este artista. El color en Beltrán Massés, tiene una significación extraordinaria. Es un colorista enamorado de las bellas armonías, de

las suntuosas fusiones, y tanto y elevado placer como pintar joyas, telas de brillantes tejidos, gasas y plumas, le causan los crepúsculos espléndidos, las fiestas de galante ó pagano sabor y, sobre todo, las mujeres de su época, soñándolas de otras más propicias a todas las divinas desnudeces del espíritu y de la carne. Por último, también en los retratos surge, admirable y clara, la personalidad de Beltrán Massés, y de ello son acabadísima muestra los que reproducimos, como pretextos gráficos de nuestros comentarios.

□□□

Manuel Reyes es un caricaturista canario, casi totalmente desconocido en el resto de España. No abundan, desgraciadamente, las ocasiones ni las publicaciones que permitan a los caricaturistas españoles revelarse oportunamente.

Y es lástima, porque nunca como ahora ha habido tantos, tan bien orientados, caricaturistas en España.

La caricatura que consideramos la verdadera aristocracia del arte pictórico, representa actualmente un vigoroso renacimiento del género en nuestra patria.

Entre aquellos ingenuos semanarios, donde el ingenio y la agudeza de observación del caricaturista se reducía a dibujar monigotes con la cabeza enorme y el cuerpo chiquitín, y el sentido decorativo y psicológico de los artistas humorísticos contemporáneos, existe una diferencia tan palpable y sobre todo tan favorable a los caricaturistas de hoy, que no puede menos de enorgullecernos.

No hay en ninguno de los caricaturistas españoles de ahora las huellas de Pons, ó de Navarrete, ó de Rojas.

A este número de artistas modernísimos pertenece el señor Reyes, de cuyas obras ha organizado una exposición en Las Palmas la revista literaria *Florilegio*.

En esa Exposición figuraban muy notables y simplificadoras caricaturas personales; pero ninguna tan graciosa y tan bien observada como la del pintor Néstor Fernández de la Torre, que consideramos un acierto rotundo y definitivo.



Caricatura del ilustre pintor Néstor, dibujada por M. Reyes

SILVIO LAGO



La "Chulapa", mensajera que ha ganado el primer premio en el concurso nacional de 1914

Mensajera de pura raza Vassart (belga), tipo de resistencia
FOTS. BALLELL

AVES BELIGERANTES

LA TELEGRAFÍA ALADA

DESDE los tiempos bíblicos la paloma ha puesto su instinto orientador a disposición de los hombres. El pueblo elegido por Dios, la utilizó, según Josué, para el transporte de sus mensajes; los gobernantes egipcios comunicaron a su vasto imperio el advenimiento al trono de los Faraones, de Ramsés III, soltando en todas direcciones millares de palomas; indios, chinos y persas aprovecharon las aptitudes del mensajero alado; griegos y romanos las adaptaron para transmitir las victorias de sus huestes, y en la Edad Media, Alejandría, Damietta, Gaza, El Cairo, Jerusalén, Damasco y Trípoli, en su emporio de civilización oriental, enlazaban sus comunicaciones por una completa red de palomas, y aun hoy, cuando las comunicaciones ópticas, eléctricas y radiográficas han llegado a la soñada perfección, las palomas mensajeras son portadoras de noticias, transmisoras de órdenes y comunicadoras de bizarrías y abnegaciones.

Ni la acción desencadenada de los elementos atmosféricos, ni el plomo enemigo, ni los aviones que junto a ellas surcan los aires, detienen ni cambian su rumbo educado.

En esta contienda su labor ha sido y es muy diestra; su misión muy acertada.

Los belgas habían dedicado muchos cuidados a la educación de palomas marciales y los franceses guardan de ellas tan gratos recuerdos, que sus plazas sitiadas las utilizan hogaño, como con éxito laudable las utilizaron en París en 1870.

En aquel asedio memorable, la iniciativa de Mr. de la Perré de Roo hizo traer a la capital francesa un millar de palomas y los alados corceles llevaron a las provincias del Norte, nuevas de los sitiados.

Diversos aeróstatos, llevando a bordo palomas mensajeras, rompieron el círculo de hierro de las bayonetas prusianas.

De 558 palomas que salieron de París durante el sitio, sólo 56 regresaron a sus palomares y algunas de ellas varias veces.

Bélgica ha sido siempre la nación que con más celo ha cuidado la telegrafía alada. Todas sus ciudades tienen palomares que forman una bien combinada red de comunicaciones. Amberes poseía dos grandes federaciones colomófilas: *Stadsbond* y *Extramuros*.

Francia tiene en la frontera Nordeste, teatro

hoy de la encarnizada lucha con los teutones, vastos palomares y en sus trenes militares hay coches para palomas. Periódicamente se han venido efectuando en la vecina república ejercicios de cautiverio, para caso de un nuevo sitio, llevando palomas de los departamentos a la capital, las cuales, después de uno ó dos meses de encierro, se las soltaba para que regresasen a sus respectivos palomares. También en sus colonias y muy especialmente en sus posesiones africanas, hizo Francia ensayos alados.

Alemania, siempre previsora y aleccionada con lo que vio en París, desde 1871 implantó en sus servicios la telegrafía alada, consignándole en sus crecidos presupuestos 50.000 marcos anuales.

Los palomares militares germánicos forman tres grandes redes, cuyas principales estaciones son: al Oeste, Estrasburgo, Metz, Colonia, Maguncia, Wurtzburgo y Mannheim; al Este, Thorn, Posen y Koenigsberg, y la red marítima de Wilhemshaven, Tönning, Kiel y Dantzig.

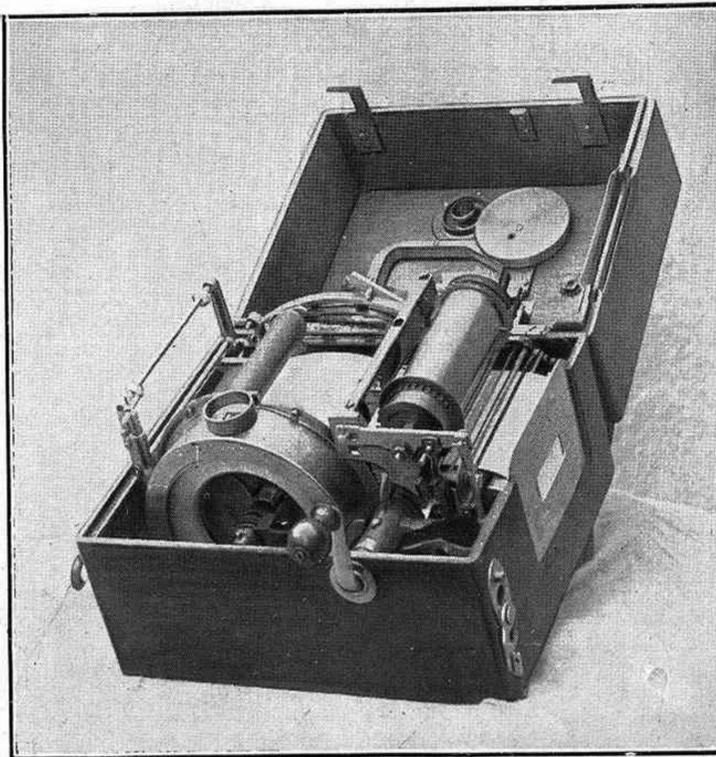
El ejército inglés también posee este medio natural de comunicación con la metrópoli.

Rusia y Austria tienen, asimismo, redes especiales de palomares militares.

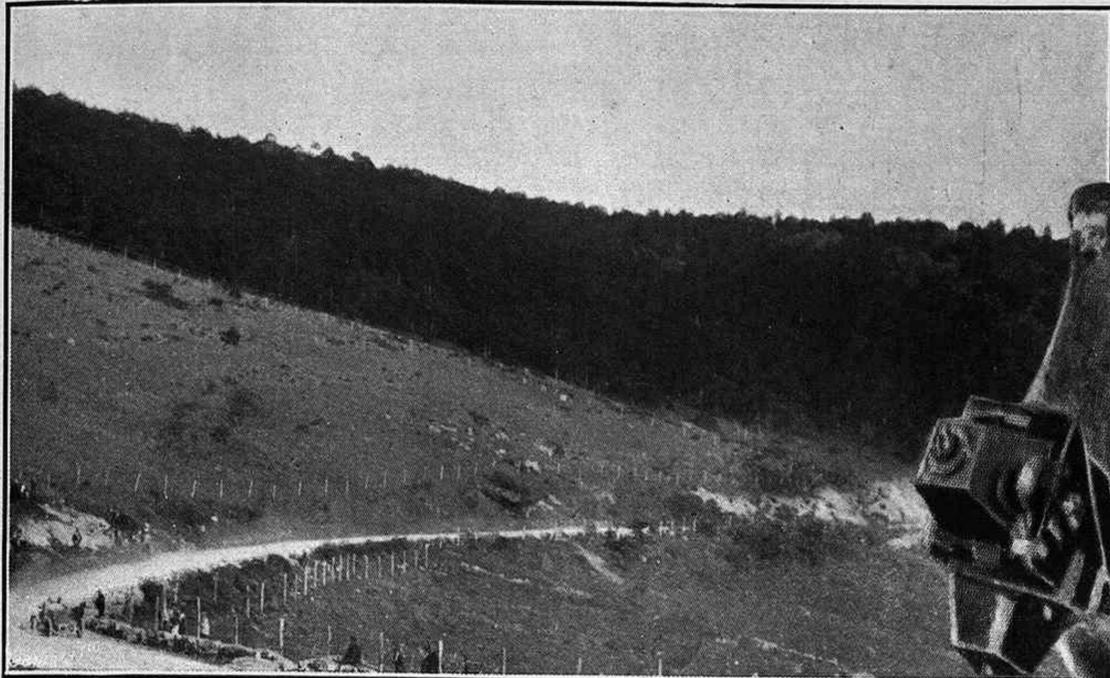
En nuestro país hay 18 palomares militares, que forman la red de telegrafía alada; el palomar central está en Guadalupe.

Desde los primitivos nudos en las cintas de las patas de las *cursoras* de Hirtio, por las que avisaba a Décimo Bruto, sitiado en Módena, los días que tardaría en socorrerle, hasta las películas fotomicrográficas del sitio de París, por las que una sola paloma condujo 3.000 despachos en un solo viaje; todo puede imaginarse mientras no se entorpezcan los movimientos del ave, ni se la cargue con un peso que no pueda soportar.

En estos aciagos días de cruenta lucha, las palomas mensajeras han sido



Aparato Plasschaert, que sirve para marcar el arribo de las palomas al palomar, imprimiendo en la anilla que cada animalito lleva en una de las patas el día, hora, minutos y segundos de la llegada



Fotografía obtenida por una paloma mensajera durante un vuelo

dados con una mensajera y al encontrar la batería enemiga, soltar la paloma con el despacho descriptivo antes de darse como prisioneros.

Donde las palomas mensajeras tienen indiscutible aplicación, es en las ascensiones aerostáticas en globo libre.

Durante el viaje los alados mensajeros son los únicos medios de comunicación de que dispone el aeronauta y lo mismo sucede cuando toma tierra en una región poco habitada, alejada de centros de población.

De aquí que un palomar constituya un complemento utilísimo de un Parque aerostático.

Actualmente la organización que la red alada tiene en España, es la siguiente: En Guadalajara sigue establecido el palomar central,

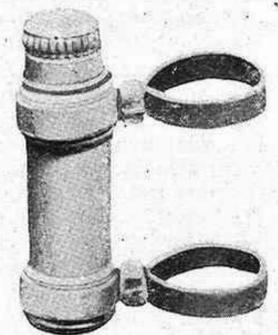
que está afecto al Parque aerostático; en él se atiende, principalmente, á conservar la raza y á dar la instrucción necesaria á los soldados de ingenieros que han de prestar el servicio de cuidar las palomas.

Hay, además, palomares militares en algunas plazas de la península, en las del Norte de Africa y en varios puertos de los archipiélagos balear y canario; y, aparte de la red militar, existen palomares particulares, cuyos propietarios son socios de la Real Federación Colombófila Española, que está compuesta por varias sociedades y regida por un Consejo, constituido por los presidentes de las sociedades como vocales, los cuales, á su vez, nombran un representante para que asista en su nombre á las sesiones, cuando no se hallan en Madrid. La presidencia del Consejo corresponde al jefe de la Sección de Ingenieros del Ministerio de la Guerra.

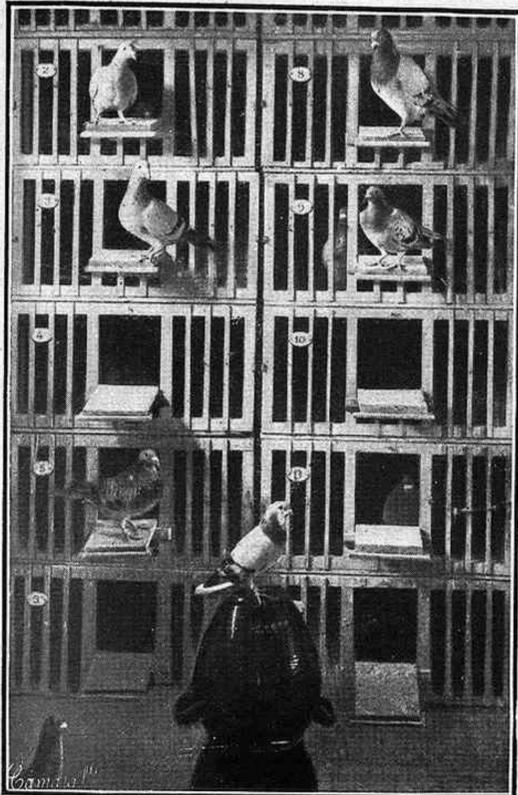
Todas las palomas de los palomares asociados están á disposición del ramo de guerra y en compensación de este deber, tienen las sociedades pequeñas subvenciones del Estado, se les facilitan palomeros para que conduzcan las palomas cuando hay concursos y se dan premios.

La ciencia avanza con la maravilla de sus descubrimientos, pero la Naturaleza, siempre previsora, se anticipó á todos ellos, y por portentosa que sea la radiotelegrafía, no es posible en la guerra prescindir de la telegrafía alada.

CAPITÁN FONTIBRE



Tubo de aluminio porta despachos, que emplea la Marina inglesa



Interior de un palomar de mensajeras
FOTS. BALLELL

portadoras de minúsculas cámaras fotográficas, que automáticamente impresionaron diminutas placas, que reveladas y ampliadas, dan fe de detalles de las posiciones enemigas.

El despacho micrográfico suele ir en un tubo de pluma de ave atado á una de las plumas de la cola, ó en tubo de caucho, sistema Fabri.

Para librar á las mensajeras de las aves de rapiña, se las adaptan silbatos chinos de bambú, que con sus estridentes vibraciones durante la marcha de la paloma, ahuyentan á sus perseguidores.

Actualmente la calidad de las palomas y los medios para clasificarlas con rigurosa exactitud han llegado al orto de su perfeccionamiento. Las palomas actuales pueden alcanzar fácilmente con tiempo favorable, una velocidad de 100 kilómetros por hora, durante varias horas.

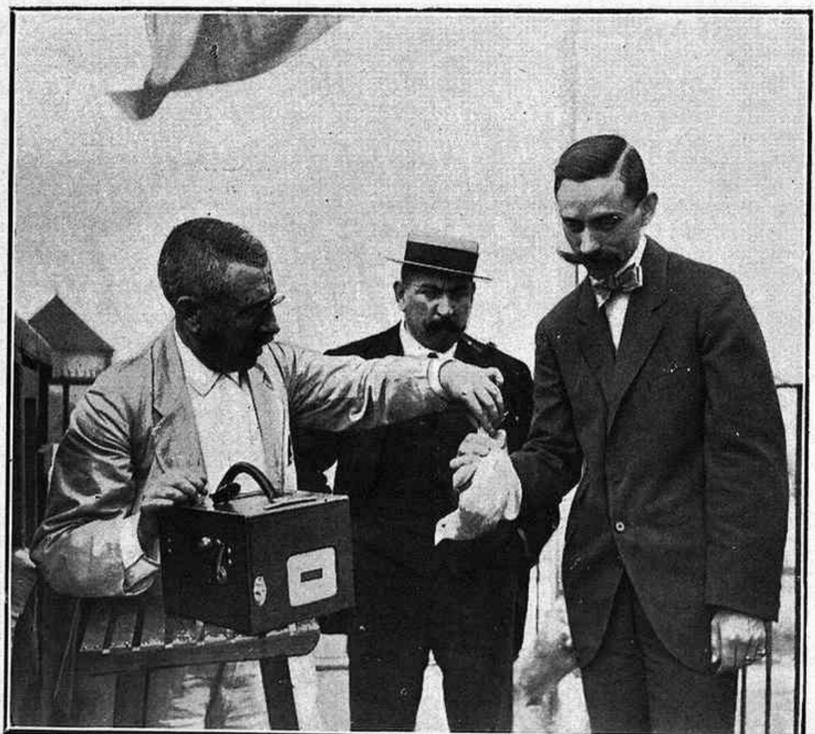
Para comprobar la hora de llegada al palomar, existe un aparato debido á Plasschaert, que introduciendo en él la contraseña, sortija de goma con marca secreta, que lleva cada paloma, quedan impresas sobre una banda de papel cuatro esferas, indicando, respectivamente, el día, hora, minuto y segundo en que ha regresado la mensajera.

La marina inglesa emplea con asiduidad las mensajeras y encierra los despachos en tubos de aluminio.

Los alemanes, cuando sus afamados y audaces *taubes* no logran descubrir la posición exacta de las baterías enemigas, han empleado en esta campaña la estratagema de avanzar los sol-

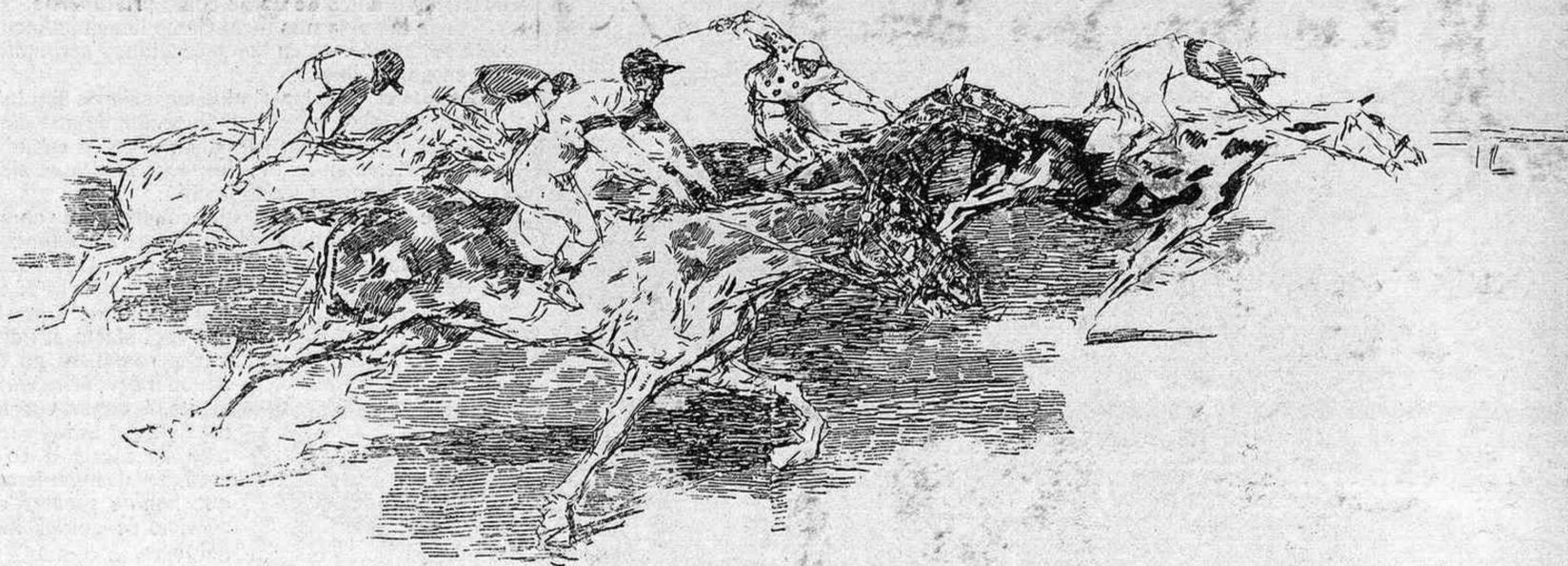


Una señorita dando de comer á las palomas



Comprobando la hora de la llegada de una de las palomas





LAS CARRERAS DE CABALLOS

Se han celebrado en el Hipódromo, con extraordinaria animación, las carreras de caballos de la temporada de Otoño, y con ello se ha patentizado una vez más el entusiasta y decidido empeño que anima á la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar, por realizar la finalidad que se propuso.

En España se han impuesto por el esfuerzo de los diversos elementos que integran dicha Sociedad, que fundada allá en 1841, con carácter particular, bajo la presidencia del marqués de Perales, verificó su primera carrera en 20 de Mayo de 1842 en terrenos dispuestos al efecto frente á Casa Blanca, en el camino de Perales, corriéndose un premio de 6.000 reales que se disputó por cinco caballos, ganándolo el llamado *Pagoda*, por haberse salido de la pista los restantes espantados por los perros, á consecuencia de lo cual resultaron heridos tres de los espectadores.

Desde 1845 hasta 1866 celebráronse las carreras en la Casa de Campo, en el Medianil, señalándose premios á la velocidad y á la belleza é instituyéndose uno con carácter militar, figurando entre los premios uno de 12.000 reales de Su Majestad y varias copas de plata.

Y al propio tiempo que aumentaban los participantes en el *sport* fueron aumentando los premios, pues se concedieron 8.000 reales por el Ministerio de la Guerra y 6.000 por la Compañía de ferrocarriles, corriéndose por primera vez en Aranjuez, en el año de 1851, el gran premio del Ferrocarril, de 16.000 reales, que se disputaron catorce caballos pertenecientes á los duques de Riáñares y de Gluckoberg, los condes de Salvatierra y de la Unión, marqués de Villamejor, D. José Salamanca, D. Lorenzo Figueroa, D. Ricardo Parkinson y don Luis de la Escosura, y que ganó *Lady Clementina*, del marqués de Villamejor.

Al llegar el año de 1868, la Revolución se llevó por delante á la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar, quedando, por lo tanto, suspendidas las carreras

de caballos, que reaparecen en plena Restauración, creándose en 1878 el actual Hipódromo de la Castellana, á partir de cuya fecha se instituye como entidad oficial la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar, que lo inauguró solemnizando de ese modo las fiestas reales celebradas con motivo del enlace de D. Alfonso XII con la Infanta Mercedes, dándose la circunstancia de que en estas carreras inaugurales ganara casi todos los premios un inglés vecindado en Jerez, Mr. Davies, con caballos procedentes de la yegua la del marqués del Saltillo, viéndose por primera vez en Madrid los colores de las cuadras de D. Guillermo Garvey y de D. Manuel Héctor Abreu, y disputándose, además, en dicha reunión inaugural, una carrera en que montan los *gentlemen riders*, venciendo D. Jaime Silva, el actual duque de Lécerca, al duque de Huéscar, padre del hoy duque de Alba.

Desde este momento la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar es presidida por el duque de Fernán Núñez, y tanto por esto como por la decidida protección que le dispensara D. Alfonso XII, las carreras de caballos adquirieron gran incremento, propagándose por el resto del país, y celebrándose carreras en Sevilla, Cádiz, Jerez, Córdoba, Zaragoza, Bilbao, Barcelona y otras poblaciones.

Al morir el Rey Alfonso XII, las carreras de caballos decayen visiblemente, pues hubo año en

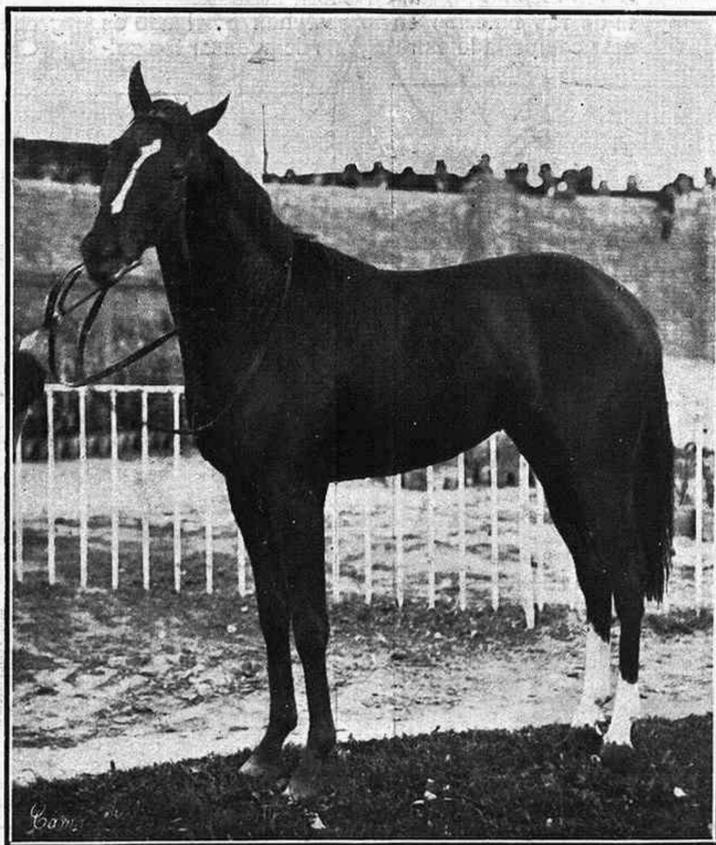
que no se pagaron los premios. Pero así y todo, y gracias á la acción de unos espíritus entusiastas, por aquellos años nacieron en España caballos como *Padlock*, *Kadri* y *Cataclismo* que ganaron los grandes premios de Niza y el *grana steeple* de Pau.

En la actualidad se ha iniciado un resurgimiento en la afición al *sport* hípico, recobrando su perdida animación las carreras de caballos merced á la inteligente y entusiasta acción del duque de Tamames y del marqués de Martorell, presidente y secretario, respectivamente, de la Sociedad de Fomento de la Cría Caballar, que han sabido aunar el esfuerzo decidido de aristócratas de tanto fuste é importancia como los duques de Andría y de Tarifa; marqueses de Perales, Corpa, Valderas y Villamejor; condes de Torrepalma, Torre-Arias y Cimera, y los señores Luque y Parladé, para que con sus cuadras, formadas á fuerza de inteligencia y de perseverancia, faciliten los medios de mejoramiento de la raza caballar en nuestro país, y proporcione al *sport* madrileño su pasado esplendor.

Por lo que al presente año se refiere, así se ha demostrado en las reuniones de primavera y de otoño, alcanzando los primeros premios los caballos presentados por Andría, Torrepalma, marqueses de Perales y de Villamejor, duque de Tarifa y condes de Torre-Arias y Cimera, correspondiéndoles el lugar preferente por el número y calidad de sus ejemplares, y lo repetido del triunfo, á las cuadras de Andría, Torrepalma, conde de la Cimera y marqueses de Perales y de Villamejor.

De estos descuellan en primer término y con poderoso relieve la combinación Andría Torrepalma, cuyos aristócratas, impulsados por un gran entusiasmo por el *sport* hípico, aunaron hace pocos años sus esfuerzos de un modo tan inteligente y eficaz, que desde entonces vienen logrando una larga serie de no interrumpidos triunfos.

La cuadra Andría Torrepalma hállase formada por caballos cruzados y pura



"Juge de Paix", caballo de pura sangre, de la cuadra Andría Torrepalma



PEELE

GRAN PREMIO
Y MEDALLAS DE ORO
EN LAS
EXPOSICIONES INTERNACIONALES
DE HIGIENE DE PARÍS, LONDON
Y GÉNOVA

HERMOSURA JUVENIL ETERNA

da al cutis más estropeado y
SIN PINTARLO
la célebre

LOTION PEELE

AUTOMASSAGE LIQUIDE

del sabio dermatólogo alemán
Doctor LEHMAN
Quita por completo

Arrugas

Manchas, pecas, barros, erupcio-
nes y cuantos otros defectos tenga
el cutis. Da al mismo

Blancura natural

Suaviza la piel y la conserva
siempre hermosa y juvenil

Ptas. 10, el frasco, y 5,85, el medio frasco

En todas las perfumerías y farmacias
y en CASA PEELE, Alcalá, 73, Madrid

Venta al por mayor para España: PEREZ MARTIN Y COMPAÑIA, MADRID

Concesionario exclusivo uni-
versal: ERNESTO LOWENSTERN **73, Alcalá, 73-Madrid**



La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . . 25 „

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional

(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:

Sres. MASSIP y COMPAÑIA—Rivadavia, 698)

PAGO ADELANTADOS

Dirijanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa

Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de

Correos, 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica

::: y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 :::



13 DIC 1914

JABON FLORES del CAMPO



1'25 pastilla

en las
buenas

Perfumerias

Creacion de la Perfumeria

Floralia

Granada 2 - Madrid

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS